

PERISSMA



FUNDACION INTERNACIONAL
JORGE LUIS BORGES



Nº 28

PRISMA

REVISTA LITERARIA

Nº 28

FUNDACION INTERNACIONAL
JORGE LUIS BORGES



PRISMA

DIRECTORA

María Kodama

SUBDIRECTOR

Fernando Flores Maio

CONSEJO EDITORIAL

María Adela Renard

Lucas Adur

CONSEJO CONSULTIVO

José María Álvarez

Marcos Ricardo Barnatán

Mario Mactas

Elisa Calabrese

Cristina Mucci

Carles Duarte

Carmen Riera

Cristina Piña

Fernando Sánchez Sorondo

Abel Posse

Paul Auster

Elisa Salzmänn

Criselda Beacon

Nancy Viejo

ISSN 2314-3622

Revista Prisma es una publicación propiedad de María Kodama,
Fundación Internacional Jorge Luis Borges
Anchorena 1660 - (1425) Buenos Aires
Tel.: 4822-8340 / Fax: 4822-4940
Mail: borges.internacional@fibertel.com.ar

© 2023, Fundación Internacional Jorge Luis Borges
Registro de propiedad intelectual en trámite

Diseño y armado:
Penguin Random House Grupo Editorial S.A.
Humberto I 555 - (1103) CABA

Índice

MARÍA KODAMA

 Crear lectores 5

FERNANDO FLORES MAIO

 Para leer y para imaginar 8

CONCURSO DE POESÍA HAIKU 2019-2022 11

CONCURSO DE CUENTOS 2021 47

CONCURSO DE CUENTOS 2022 93

CONVOCATORIA “SERES IMAGINARIOS” 2022 153

Crear lectores

MARÍA KODAMA

En la Argentina el coronavirus no ha impedido que, de manera virtual y luego presencial, la Fundación Internacional Jorge Luis Borges siga con su actividad, con sus jornadas y concursos. Fernando Flores Maio, vicepresidente de la Fundación, tuvo la brillante idea de realizar un proyecto, “Borges para estudiantes”, editar las publicaciones “Seres Imaginarios de Borges”, usando fragmentos de la obra de este escritor, acompañados de dibujos, videos, audios, recursos didácticos, que se encuentran en la web www.seresfantasticos.com, y en las redes sociales: @seresimaginarios en Instagram, @seresfantasticos en Youtube. Además, no solo continuó con el concurso de poesía haiku que viene organizando la Fundación desde sus comienzos (hace más de 30 años), sino que también con este proyecto comenzamos un concurso de cuentos, abierto a niños, niñas y adolescentes. Además, a través del trabajo que organiza, difundido en las redes, se pudieron seguir los cursos organizados sobre la obra de Borges.

Recibimos muchas poesías y cuentos, que obtuvieron premios. También breves relatos y dibujos. Agradecemos a todas las escuelas que participaron, a los padres y a los jurados María Adela Renard y Alberto Cisnero.

Con respecto a los haikus, a través de los siglos su nombre era tanka o waka (siglo XIV). El haiku procede de una evolución de la tanka hacia una mayor brevedad y concisión. Bashô (1644-1694) fijó para siempre la norma del haiku: declaró que en el haiku debía usarse el habla común, evitando la vulgaridad, y transformarla en una cosa bella. Decía: “El poeta debe ser uno entre la gente, pero su mente debe mantener la pureza”. Las 17 sílabas deben apresar la visión de la naturaleza, del todo. El mejor ejemplo es su famoso haiku:

*El viejo estanque
salta una rana,
ruido del agua*

A comienzos de los años 70 Borges emprendió deliberadamente la composición de tankas y, para coronar esa empresa, la composición de haikus. Escribió 17 haikus.

El haiku puede definirse como un arte ascético. En el Oriente, el ascetismo es un fin en sí mismo y, por lo tanto, toda explicación o justificación es superflua. El rigor ascético está unido al arte. El ascetismo es el reverso de la vulgaridad y, por ello, está cerca de la vida y de la naturaleza, pero lejos de la literatura y del estilo altisonante. El haiku es una forma ambiciosa que trata de apresar la realidad y nada tiene en común con el bien, con el mal o con la belleza. No es, en todo caso, la meta que se busca. Es una forma de pensar a través de los sentidos. No es un símbolo, no es un cuadro con un significado en el reverso.

El breve haiku es el ápice de una vasta pirámide y es por este ápice que Borges imaginó la salvación del hombre. En una página de su libro *Atlas*, llamada “De la salvación por las obras”,

dice: “Así, por obra de un haiku, la especie humana se salvó”.

Hoy, el haiku se ha transformado en una modalidad difundida en gran cantidad de colegios, a partir del proyecto de la Fundación Borges. Actualmente cuesta mucho que los jóvenes, y aun los adultos, lean poesía. Eso nos llevó a preguntarnos cómo podíamos contribuir a crear lectores que disfrutaran con la belleza de un verso. Y así se nos ocurrió organizar concursos de haiku en los colegios.

¿Por qué se eligió el haiku? Por su relación con la vida y la naturaleza, por la profundidad de su mensaje, por el exotismo de su nombre y también por su brevedad engañosa, que atrae a los jóvenes con su aparente facilidad: ahora podemos decirles que muchos escritores japoneses lo consideran como la más difícil de las formas poéticas.

Para leer y para imaginar

FERNANDO FLORES MAIO

En esta edición de *Prisma* publicamos las poesías y los cuentos de los concursos que organizó la Fundación Borges en los últimos años, con la participación de muchos colegios. También incluimos un relato enviado a la convocatoria de los proyectos sobre los “Seres Imaginarios de Borges”, que se viene desarrollando desde 2017.

Si tuviéramos que sintetizar en pocas palabras cuál es el propósito que nos anima, debemos decir que es el mismo que se propuso Jorge Luis Borges cuando fue invitado por Jorge Bergoglio a una escuela de la provincia de Santa Fe: estimular a los estudiantes para que escriban. Él lo hizo y fruto de esa actividad fue el libro *Cuentos originales*, que el propio Borges prologó y hoy está en la Biblioteca Personal del Papa Francisco, con prólogo del Pontífice, en el que elogia la capacidad narrativa de esos jóvenes.

Para contribuir a ese objetivo, en el proyecto “Borges para estudiantes” seleccionamos fragmentos de textos de Borges que resultan adecuados para trabajar en las escuelas. Hicimos publicaciones, audios y videos con esas lecturas, en las voces de María Kodama, Nacha Guevara, Marita Ballesteros, Verónica Cangemi, Santiago Kovadloff, Daniel Goldman y otros,

ilustrados tipo “draw my life”, y además ofrecimos materiales didácticos para que padres y docentes organicen actividades.

Todo ese material se distribuyó gratuitamente, tanto las publicaciones impresas como las digitales, y se puede descargar sin costo alguno en la web www.seresfantasticos.com. Allí también están los videos, audios y actividades para desarrollar la imaginación. Además están en Youtube: @Seresfantasticos, y en Instagram: @seresimaginarios.

Borges, en *El libro de los seres imaginarios*, invitó a los lectores a que remitieran descripciones de “monstruos” que conocieran. Nosotros también pedimos a estudiantes de escuelas primarias y secundarias que nos envíen escritos y dibujos al mail borgesfantastico@gmail.com para difundirlos y premiarlos. Se entregaron distinciones a muchos de los que participaron, publicamos relatos y dibujos en la web y en libros revista. En esta edición de *Prisma* incluimos una de esas creaciones, “The giant cherry”, escrita y enviada en inglés y luego traducida al español, que según el jurado “es de una imaginación desbordante; muy logrado. ¡Y es una alumna de 10 años!”.

Como parte de ese proyecto, la Fundación Internacional Jorge Luis Borges inició un concurso de cuentos (cuyas bases están en la web de la fundación: www.fundacionborges.com.ar) que se suma al Concurso de poesía haiku que organiza esa institución desde hace más de 30 años.

Desarrollamos capacitaciones presenciales para docentes y bibliotecarios. Contamos con el valioso trabajo del doctor Lucas Martín Adur Nobile, profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, especialista en la obra de Borges, y de geniales artistas.

El proyecto tiene el aval de la Fundación Internacional Jorge Luis Borges, y la participación de su presidenta, María

Kodama. Fue aprobado desde 2017 hasta ahora por Mecenazgo del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Cuenta con el apoyo del Ministerio de Cultura de la Nación, que hizo subir los videos a la plataforma oficial Cont.ar, y hubo una nueva producción para el canal Pakapaka. Desarrollamos una amplia actividad con el Ministerio de las Culturas de Neuquén y particularmente con la Dirección de Bibliotecas Populares de esa provincia. Son muchas las bibliotecas y escuelas que participaron, entre las que destacamos la labor de la Escuela Técnica de la Universidad de Buenos Aires, impulsada por su Rector, Alberto Barbieri, y de la Biblioteca del Docente (CABA). Varias empresas colaboraron con el proyecto: Naturgy, Pan America Energy, Casasco y Banco Hipotecario, y gracias a ellas se pudieron regalar miles de ejemplares de las publicaciones.

Agradecemos a las escuelas, bibliotecas, instituciones, universidades y empresas que nos vienen acompañando en esta iniciativa, algunas de las cuales recibieron distinciones de la Fundación Borges.

Y agradecemos por supuesto a los estudiantes de todas las edades que se sumaron a nuestra propuesta de leer y de imaginar. Cientos de ellos nos enviaron sus creaciones y recibieron premios, con gran alegría reflejada en sus rostros. Como Borges señaló, una forma de felicidad es la lectura, y otra forma de felicidad es la creación. Él las experimentó especialmente en la biblioteca de su padre. Desde sus primeros años fue un niño encantado por la lectura y luego un joven creador que no estaba atado a esquemas y buscaba sus propios caminos de expresión. A los 7 años redactó un relato y a los 13 años publicó su primer cuento. Ese es el objetivo de nuestro proyecto, para leer y para imaginar.

Concurso de poesía haiku 2019/2021

Haikus premiados 2019

PRIMER PREMIO

Solemne posa
sobre las verdes aguas
el rojo puente

Máximo Biasca - 2º - Colegio Alas - CABA

PRIMERAS MENCIONES

La vasta noche
se vuelve un imperio
en el desierto.

Ayrton Rodríguez - 2º 3ª - Escuela de Educación Secundaria
Técnica N° 1 Eduardo Ader - Vicente López, Buenos Aires

o

Búho nevado.
Blanco como una perla.
Simpleza de ave.

Alejandro Orozco - 2° - Escuela Industrial Domingo
Faustino Sarmiento - San Juan

SEGUNDAS MENCIONES

Antes de huir
Infinitos silencios
Vuelan al cielo.

Benjamín Salinas - 3° C - Colegio Informático San Juan
De Vera - Corrientes

o

Danza helada.
Brillan como diamantes
copos de nieve.

Jazmín Goitía - 3° - Colegio José Manuel Estrada - Don
Torcuato, Buenos Aires.

TERCERAS MENCIONES

Flores marchitas,
como en su corazón,
se cierran tristes.

Thiago Haber - 7° grado B - Escuela J. N. Bialik - CABA

o

De las montañas
Asoman los colores
Miran el sol.

Julia Paoli - 6° grado C - Deutsche Schule. Escuela
Alemana Moreno - Moreno, Buenos Aires

o

Caen las hojas
Sin expresión ni risa
Vivo sin vida.

Iago Jacinto - 2° 5ª - Escuela Técnica N° 2 Distrito 20 - CABA.

MENCIONES

Qué fría estás
Qué alejada estás
Qué triste estoy

Thiago Bronzi - 5° 2ª - Escuela de Educación Secundaria
Agraria N° 1 - Quilmes, Buenos Aires

o

En unos ríos
caen gotas de lluvia,
muy despacito.

Tiago Seco - 3° C - E.E.T. N° 30 - José C. Paz - Buenos Aires

o

Cae la tarde
Y diviso tus ojos.
La luz de tu alma

Florencia Dagostino - 3° B - Colegio San Juan Bautista -
Paso del Rey, Buenos Aires

Siempre perfecta
es como tu mirada
el cielo rojo.

Guillermina Castillo - 4° U - Colegio Sagrada Familia -
Empedrado, Corrientes

o

Lloramos tiempo
Cuando lloramos vida
Van de la mano.

Trinidad Degenhardt - 3° - Escuela Vientos del Sur - Villa
Elisa, Buenos Aires

o

Un árbol solo
charla con el arroyo
y muchos peces.

Silvain Lucien - 1° - E.E.S. N° 3 - Espartillar, Buenos Aires

o

Planto en la tierra
tu belleza interior
flor de cerezo

Martina D'Amico Mendez - 2° C - Colegio Idra - Mar del
Plata, Buenos Aires

o

La nube sube
Este mar se oscurece
La estrella brilla

Manuel Álvarez Sicca - 8° A - Instituto Mariano Moreno
Polimodal - Wilde, Buenos Aires

o

Con poca prisa
caen en mi camino
hojas de otoño

Facundo Maximiliano Salas - 8° A - Santa Hilda College -
Hurlingham, Buenos Aires

¿Es primavera?
Los tallos del rosal
ya no florecen.

Pilar Celeste Igenes Castro - 4° A - Colegio Fray Mamerto
Esquiú - San Juan

o

La nieve fresca,
esta noche salvaje,
se me hace vida

Félix Pérez - 2° C - E.E.S. N° 30 José C. Paz - José C. Paz,
Buenos Aires

o

Muchos colores
Del árbol de mi jardín
Tienen las hojas

Kiara Aguirre - E.E.S. N° 5 Dr. Bernardo de Monteagudo

o

Estoy viajando
No hay una gota de ti
Desierto mental

Samira Kairus - 2º 3ª - Escuela de Bellas Artes N° 100 D.E.
21 Lola Mora - CABA

o

Tus ojos brillan
como grandes luciérnagas
vuelo de noche

Guido Cepeda - 2º - Escuela de Enseñanza Media Particular
Incorporada N° 8137 Chovet - Chovet, Santa Fe

o

El mar se siente
al sudar muy cansado.
Fresco en tus ojos.

Benicio Esthirle - 1º A - Instituto Stella Maris Adoratrices -
Mar del Plata, Buenos Aires

o

Ya llegó el día
La tierra te pide paz
Ya es tu tiempo

Jesabel Avalos - Escuela Media N° 5 - Quilmes, Buenos Aires

o

Noche sin luna
la tempestad estruja
los viejos cedros

Daria Monsalves - 6° - Colegio Americano Integral - San Nicolás, Buenos Aires

o

Bello recuerdo
de tus bordes rosados
se vuelve verso

Luciana González - 4° 4ª - Instituto Social Militar Dámaso Centeno - CABA

o

La luna brilla,
ella también la mira
desde otra puerta.

Lourdes Allen - 1° U - Colegio Martín Miguel de Güemes -
Bahía Blanca, Buenos Aires

o

Noches oscuras
Frías con mis diluvios
Extrañándote.

Nayla Marino - 3° A - Instituto Tiberio Botto - Paso del Rey,
Buenos Aires

o

¿Es un halcón
lo que atraviesa el cielo
o es un avión?

Rocco López - 5° Ciencias Naturales - Esc. de Ens. Media 421
Pablo Tiscornia - Firmat, Santa Fe

o

En el camino
oculta duerme, bella
la mariposa

Esmeralda Paz - 7° grado A - Escuela N° 1285 Roque Vassalli -
Firmat, Santa Fe

o

Y tantas alas
solo para terminar
arrastrándome...

Ailén Villagra - 6° E - Instituto San José - Villa Dominico,
Buenos Aires

o

Noche de frío,
las palabras abrigan
mejor que el fuego.

Dante Castor - 1° A - Escuela Técnica N° 281 General
Manuel Savio - Firmat, Santa Fe

o

El agua cae,
Acaricia la tierra,
Moja la vida.

Victoria Acha Montero - 3° - Colegio Río de la Plata -
CABA

o

Palabras que vuelan
Como viento que sopla
El tiempo pasa.

Bruno Gugliemotti - 2° - Learning Proyecto Integral -
Olivos, Buenos Aires

o

Plantas quemadas
animales extintos
tierra acabada

Paloma Silvera - 4° - Escuela Secundaria N° 4 - Garré,
Buenos Aires

o

El cielo brilla
un rojo muy intenso
en mi planeta

Alan Aliaga - 7° B - Escuela N° 2 Maestro Eduardo Luis
Vicente - CABA

o

Si en el crepúsculo
el sol era memoria,
ya no me acuerdo.

Luna Oliveira - 2° BOE - Instituto Santa María de Nazareth -
CABA

o

Las llamas suben,
el pulmón del mundo cae.
Árbol cenizo

Regina Romagnoli - 4° 6ª - Instituto Libre de Segunda
Enseñanza - CABA

o

Por el sendero
aprecio el aroma,
lego mis huellas.

Gianluca Chong - 3° - Escuela de Comercio N° 4
Baldomero Fernández Moreno - CABA

o

De madrugada
Con el soplo del viento
Pasos a casa.

Valentín Palmas - 3° C - Instituto Mariano Moreno - La
Matanza, Buenos Aires

o

Luna de agosto
se oculta atrás un mar
de estrellas rojas.

Agustín Sosa - 3° 1ª - E.E.S. N° 4 Nicolás Avellaneda -
CABA

o

Sé que lo tuyo
fue en un amanecer
Lleno de luces.

Aylén Sabini - 3° 3ª - Colegio N° 3 D.E. 2 Mariano
Moreno - CABA

Haikus premiados 2021

PRIMER PREMIO

Una luciérnaga
ilumina la sombra
del sufrimiento

Esperanza Rodríguez - 4° año División Ciencias Naturales -
Esc. de Ens. Media 421 Dr. Pablo Tiscornia - Firmat, Santa Fe

PRIMERAS MENCIONES

Viento caliente.
Polvo de viento zonda.
Vuelan jarillas.

Agustina Quiroga - 4° año B - Modalidad Ciencias Sociales -
Colegio Fray Mamerto Esquiú - San Juan.

o

Noche sin luna,
la tempestad estruja
las viejas hierbas.

Abril María Itatí Corrales Aguirre - 3° C Ciclo básico -
Colegio Informático San Juan De Vera - Corrientes

SEGUNDAS MENCIONES

Y un colibrí
con la triste nostalgia
se fue volando.

Pilar Obredor Kruist - 2° año - Colegio Alas - El Palomar,
Buenos Aires

o

Tus ojos de agua
y tu mirada fría
me cristalizan.

Juan Cruz Borre - 3° U - Colegio Martín Miguel de
Güemes - Bahía Blanca, Buenos Aires

TERCERAS MENCIONES

Desasosiego.
Grano de arena tiembla,
Por ser pequeño.

Juan Pablo García - 6º año - Ciclo técnico profesional:
Electrónica - Escuela Industrial Domingo Faustino
Sarmiento - San Juan

o

El campo verde
atraviesa mis ojos
por la mañana.

Agustín Gabelich - 1º año - Escuela de Enseñanza Media
Particular Incorporada N° 8137 Chovet - Chovet, Santa Fe

o

Incluso el cactus
en sus días más áridos
viste de pétalos.

Clara Di Stéfano - 6º año Sociales - Instituto Nuestra
Señora de la Misericordia - San Fernando, Buenos Aires

MENCIONES

Las mariposas
en un instante leve
llevan paz.

Juan Marcelo Arévalo - 1° C - Colegio Idra - Mar del Plata,
Buenos Aires.

o

Cantar quisieran
todos los que no tienen
el don de la voz.

Gabriel Rey - 4° 1ª - Instituto Social Militar Dámaso
Centeno - CABA

o

Sin el sonido
a la naturaleza
no la comprendo.

Bautista Izaguirre - 2° 3ª - Escuela de Educación Secundaria
Técnica N°1 Eduardo Ader - Vicente López, Buenos Aires

Todo correcto
un período seco
Devastación.

Jazmín Krasnapolski - 7° A - Escuela Integral Balik -
CABA

o

En la montaña
se derrite la nieve
¡Un nuevo río!

Sol Martínez - 6° B Nivel Primario - Colegio José Manuel
Estrada - Don Torcuato, Buenos Aires

o

El viento peina
Las hojas amarillas.
Otoño calmo.

Malena Rodríguez Viau - 1° - Learning Proyecto Integral -
Olivos, Buenos Aires

o

Las flores danzan
mariposas volando
es primavera.

Albina Arias - 7° grado A - Escuela N° 1285 Roque Vassalli -
Firmat, Santa Fe

o

Quedó colgada,
la hoja amarilla
busca no caer.

Ivo Martín Schwab - 5° año - Colegio Río de la Plata -
CABA

o

La peor droga
es la sonrisa de ella
y te consume.

Tomás Leonel Brites - 4° U - Colegio Sagrada Familia -
Empedrado, Corrientes.

o

Inalcanzable,
bello y verde vivaz.
Y es tristeza.

Antonella Boglio - 6° Economía y Administración -
Instituto Stella Maris - Munro, Buenos Aires

o

La lluvia canta
herida por el rayo
aún reluce

Ana Paula Fogel - 2° - Escuela Secundaria N°4 Nicolás
Avellaneda - Garré, Buenos Aires

o

La noche fría
sabor a oscuridad
todo se esfuma

Sedric Saravia - 1° A - Instituto Stella Maris Adoratrices -
Garré, Buenos Aires

o

Haikus premiados 2022

PRIMER PREMIO

Beso de bruma
Humedad azulada
En tu recuerdo

Lucero Anna Canievsky - 3^{er} año - Learning Proyecto
Integral - Olivos, Buenos Aires

PRIMERAS MENCIONES

Se iba el sol
Mientras su pelo de oro
Me iluminaba

Álvaro Adamo - 2° B - Colegio Alas - CABA

o

El gato negro
Pasa las noches como
un gato espía

Franco Nesci - 1° B - Instituto Stella Maris Adoratrices -
Garré, Buenos Aires

SEGUNDAS MENCIONES

Las almas vuelan
Pero los sentimientos
¿Adónde van?

Simón Dulcich - 4° Ciencias Sociales - Esc. de Ens. Media
421 Dr. Pablo Tiscornia - Firmat, Santa Fe

o

Gélidas lluvias
Entumecidas manos
Hielan mi alma

Ernestina Calvo - 2° - E.E.S. N° 4 Nicolás Avellaneda -
CABA

TERCERAS MENCIONES

Queda la hoja
En la rama desnuda
Tras el invierno

Valentina Araujo - 4º 1ª - Escuela de Educación Secundaria
Nº 25 Avellaneda - Buenos Aires

o

En las colinas
Escapa el viento alado,
También el tiempo

Rocío Belén Huang - 4º 6ª - Instituto Libre de Segunda
Enseñanza - CABA

o

Sé como el sol
Vuelve todos los días
Cuídame siempre

Regina Musina Ocampo - 2º C - Escuela Técnica Nº 281
General Manuel Savio - Firmat, Santa Fe

MENCIONES:

Recubre el suelo
De la Base Esperanza
Un manto blanco.

Camila Jazmín Bruno - 6º 1ª Economía y Administración -
Servicio de Educación a Distancia al Exterior - Sistema de
Educación a Distancia del Ejército Argentino

o

En nuestras manos
¡Oronda! Hoy se muestra,
La grata luna

Gisela Alejandra Navarro - 2º C - General Bartolomé Mitre -
Corrientes

o

Incendió amores
En pétalos de rosas
Cenizas lloran

Florencia Samman - 4º 2ª - Instituto Social Militar Dámaso
Centeno - CABA

Pisan los cuerpos
Y el viento los escupe
Habla mi culpa

Micaela Morales - 5° Comunicación - Instituto Santa María
de Nazareth - CABA

o

Alta montaña
Blanca como la lana,
Nevada, fría

Juan Matías Biagiotti - 3^{er} año - Instituto María Inmaculada -
Munro, Buenos Aires

o

Se balancean
Los pájaros cantantes
Sobre las ramas

Camila Rosa - 1° A - Instituto Moruli - CABA

o

La lluvia fría
Camina por la calle
Paraguas roto

Joaquina Curi - 7° grado A - United High School - CABA

o

Todo en él se va
Todo se perdió, pero
Vuelve en pleamar

Ana Rutter - 7° grado B - Colegio Esquiú - CABA

o

Paisaje crudo,
De un amor erizado,
Soy pasajero.

Julia Rom - 6° Ciencias Sociales - Colegio Fasta Niño
Jesús, Nivel Secundario - Lobos, Buenos Aires

o

Bosque catártico
escapa, vuela, afrenta.
Pequeño fénix.

Aixa Yazmin Zabal Ávila - 6° Electrónica - Escuela
Industrial Domingo Faustino Sarmiento - San Juan

o

Hojas cayendo
el otoño a la vista
no más verano.

Jiriadzy Ramírez - 5° 3ª T.T. - Colegio N°4 D.E. N° 9
Nicolás Avellaneda - CABA

o

Cristal del mar
Azulado profundo
Náufrago soy.

Juan Martín Luponio - 5° A - Colegio Informático San Juan
De Vera - Corrientes

o

Vista en mi ser
Reflejo en el agua
Y solo soy yo

Trinidad Battaglia Petronio - 4° Eco - Instituto Stella Maris -
Munro, Buenos Aires

o

En cada invierno
Los ocasos efímeros
No nos encienden

Valentín Torielli - 6° Eco - Instituto Nuestra Señora de la
Misericordia - San Fernando, Buenos Aires

o

La luna bella
el cielo más y el sol
brilla y da luz.

Paloma Serrano - 6° C - Deutsche Schule. Escuela Alemana
Moreno - Moreno, Buenos Aires

o

La luna muere
Las estrellas no brillan
Noche cerrada

Martina Robustelli - 3°- Colegio Río de la Plata -
CABA

o

Parrales secos.
La brisa veraniega.
Nueva cosecha.

María Luz Videla - 4° A Modalidad Ciencias Naturales -
Colegio Fray Mamerto Esquiú - San Juan

o

Alguien te espera
con flores en sus manos
cerca de un árbol.

Benjamín Soria - 2° A - Colegio San Juan Bautista -
Paso del Rey, Buenos Aires

o

El sol se acerca
destrozando las almas.
Ya no hay salida.

Martina Valenzuela - 2° C - Colegio Idra - Mar del Plata,
Buenos Aires

o

La luz oscura
que ilumina el día
me hipnotiza.

Luana López - 2° A - Escuela Técnica UBA - CABA

o

Un café tibio,
el abrigo suave
qué relajante.

Kiara Gomila - 3° B - Escuela de Bellas Artes N° 100 D.E. 21
Lola Mora - CABA

o

Por la mañana
El bailar de la lluvia
Sobre el alero.

Ignacio Acosta - 5° 3ª T.M. - Colegio N° 3 D.E. 2 Mariano
Moreno - CABA

o

La superluna
grande y de verano
Anaranjada.

Agustín Orcajo - 6° A - Colegio José Manuel Estrada -
Don Torcuato, Buenos Aires

o

Se van volando
las hojas del otoño.
Recuerdos buenos.

Ángelo Cánepa - 1° 2ª T.M. - Colegio N° 10 José de San
Martín - CABA

o

A veces despiertan.
Amanecer cálido.
Lindo verano.

Tomás Uriel Romero - 3° A - Instituto Tiberio Botto - Paso
del Rey, Buenos Aires

o

Largos cien años
cumplirá nuestro pueblo
creciendo está

Amparo Aragona - 4° - Escuela de Enseñanza Media
Particular Incorporada N° 8137 Chovet - Chovet, Santa Fe

o

Una corona
Ardiendo bajo el fuego
Detrás del vidrio

Delfina Luisa Erlij - 1° U - Colegio Martín Miguel de
Güemes - Bahía Blanca, Buenos Aires

Concurso de cuentos 2021

PRIMER PREMIO

Otra vez

Augusto Casais Barriani - 4º 2ª - Instituto Libre de Segunda Enseñanza - CABA

Mientras le subían las lágrimas a los ojos, Camila se acercaba a Germán, caminando para atrás y decidida a no darse vuelta. Una vez al lado suyo, y habiendo rematado la conversación con un “No me vuelvas a hablar nunca”, le dio todo un discurso sobre por qué su convivencia no daba para más. Y todo eso a tan solo las seis de la tarde, cuando, a pesar de las densas nubes, veían cómo el sol se alzaba en el cielo.

Fueron a la parada de colectivo también caminando hacia atrás. Camila respondía con monosílabos cargados de un inefable rencor, y Germán le preguntaba por qué no quería ir al cine, si dentro de meses ya estarían planeando ir al estreno de esa película. Las hojas podridas de un eterno otoño giraban alrededor del cordón de la vereda y, cada vez que pasaba un auto, retrocedían un poco más. En un momento, Camila resopló, haciéndose a un costado, y él intentó ponerle la mano sobre el hombro. Estaban saturados. Finalmente, llegaron a la parada.

Se subieron al colectivo por la puerta de descenso; el viaje fue drenante. Empezaron con Camila pidiéndole a Germán que se callara, mientras ella, paradójicamente, hablaba a los

gritos. Y él, acurrucado, con los hombros tímidos y la voz patinosa, escuchando las molestias de su pareja y limitándose a mirar al suelo con culpa. Cómo la enfurecía a Camila su forma de ser tan mudo en espacios públicos, solo alimentaba su odio. Posterior a haber cedido su lugar a una señora mayor, Camila se sentó en un asiento individual. Él se quedó parado a su lado todo el viaje, mientras ella miraba por la ventanilla con ojos que hubieran podido cortar el vidrio de así desearlo; parecía que intentaba quemar con la mirada todo lo que estaba del otro lado. La tensión dificultaba el respirar; había una insufrible pesadez en el ambiente.

Después de casualmente reprocharle a su pareja que no llegarían a tiempo, Camila miró su reloj. Cada segundo la dejaba sin aire. Faltaban nueve minutos para las cinco, y ahora diez minutos, y once, y (todo culpa de Germán; no arreglaría nada) doce, y (¿sobrevivirían a ese viaje en colectivo?) trece, y (tenía que arreglar ese reloj, por más que, al ser un regalo suyo, le hiciera acordar a Germán) catorce minutos.

Luego, sin que se dieran cuenta, ya estaban apoyando la SUBE en el lector para pagar ese poco valioso recorrido. Germán se agachó y sintió unas temblorosas ganas de llorar mientras Camila refunfuñaba. Ella le pagó el viaje en silencio, pero expresando toda su molestia en acciones que no se asemejaban a ningún tipo de palabra. ¿No era capaz Germán de cargar su SUBE, de ser un poco autosuficiente de vez en cuando? La hacía sentir como una madre criando a su hijo de diez años, quitándole cualquier segundo de libertad. En aquel momento, Camila no pudo evitar sentir que todo era una pérdida del tiempo que ya se le iba de las manos.

Se bajaron del ómnibus por la puerta de ascenso y, agotados ya de las diez cuadras caminadas, empezaron a volver hacia su monoambiente. Ella lo miraba a él cuestionando sus intenciones; él la miraba a ella buscando aprobación. En esa caminata no emitieron palabra, solo miraron a los autos deslizarse por la avenida, frenando su retroceso cuando el semáforo brillaba rojo e iluminando las veredas húmedas por la lluvia. ¿Volvería a llover? Al no contestar Camila, fue esta vez Germán quien refunfuñó, y luego intentó romper la tensión diciendo que había visto cómo ciertas gotas empezaban a hacerse presentes. Odiaba cuando Camila se comportaba tan inaccesible, con una furia imposible de decodificar (¿cuántas veces debía comentárselo para que ella lo entendiera?).

Llegaron a su departamento y la puerta se abrió tras ellos. Camila tiró sus llaves sobre la mesa, le revoleó la mano a Germán y le dijo “Dale, vamos”, sin siquiera mirarlo a los ojos. Entonces, mientras trotaban de espaldas sobre las cansadas baldosas del living, Germán fue a la cocina y Camila a su encuentro, lista para salir. Con la pobre luz que entraba por la ventana iluminándole el rostro, le preguntó si era consciente de que ya eran las cuatro y media (usando ese tono soberbio que él detestaba) y lo miró de abajo a arriba, recordándole que tenían que ir al cine. Germán, bajando la cuchara con cereales al plato, le preguntó por qué estaba así vestida. Pensó que, si su objetivo era impresionarlo, había fallado, mas no se lo dijo porque ya en su postura notó un brote de mal humor. Ella no pudo ocultar su sorpresa cuando salía de la cocina al revés, viéndolo con esos shorts asquerosos y esa musculosa gris toda manchada. Germán, entonces, devolvió la leche del plato al sachet y metió los cereales en su caja, todo mientras silbaba una canción con holgazana calma.

Fueron al cuarto y se acostaron con la misma rapidez con la que se hubieran levantado, acompañados de un inmenso dolor de cabeza y una memoria borrosa de la noche anterior. El sol rompía los ojos de la pareja que, comenzando el día, estaba bajando la persiana. De fondo sonaba la alarma, y ellos sabían perfectamente que, a lo largo de la expectante noche, sonaría muchas veces más. Finalmente, como cayendo sobre sus brazos, las grises sábanas (a las cuales, en algún momento, el tiempo les había permitido ser blancas) cubrieron los desconectados cuerpos de Camila y Germán.

Sin embargo y a su pesar, Camila permaneció despierta por horas. Estaba mirando esa mancha de humedad sobre el armario. Era gigante, e iba ganándose el control de la habitación, que también era living (ni siquiera a sus treinta años era capaz de vivir en un departamento más espacioso). La observó en todas sus partes, imaginando cómo, semanas atrás, era tan grande que hizo que la pared se descascarara hasta el punto de romperse la pintura. Creó la imagen: intentando arreglar el problema de la humedad por sí sola, terminaba quebrando un caño e inundando la poca casa que quedaba. Se vio en aquel momento: el agua yendo de la rejilla al trapo, escalando las paredes hacia el caño, su pelo secándose cada vez más; incluso cruzó su mente un irreal recuerdo de cómo, en cuestión de un segundo, el chorro comprimido de agua fría entraba a la pared. Y, además, pensó en que ese día no estaba Germán para ayudarla, porque le ordenaría que no le volviera a hablar.

Miró otra vez la mancha, con lágrimas de frustración y bronca subiéndole a los ojos. Pensó en lo ridícula que era, pues dentro de poco tiempo la pared estaría impecable, la mancha seguiría achicándose hasta no dejar rastro alguno de

la humedad. Cómo la revolvió eso, saber que en tan solo unas semanas verían a esa mancha como una amenaza ridícula, habiéndose convertido en lo que se convirtió. Qué envidia que le tenía a la Camila del futuro.

Ya estaban subiéndole las últimas tibias lágrimas a los ojos; volvía a caer en sus sueños. Miró a su alrededor, afligida y en-deudada consigo misma: ¿esa era su vida? No quería aceptarlo. ¿Ya treinta años? Mientras se recostaba, Camila recordaba a duras penas que era su cumpleaños número treinta.

Fue entonces que tomó el reloj de mano que había dejado sobre la mesa de luz cuando se acostó. Al tocarlo, sintió en las yemas de sus dedos grietas de vidrio roto, y percibió algo que parecía una cadena. ¿Acaso se le había caído eso? Luego, estiró su brazo por el borde de la cama y apoyó el objeto en el piso, preguntándose qué era. Oyó unos cristales rompiéndose y unas cadenas rebotando, advirtió que algo iba desde el suelo hasta la mesa de luz y, notando que empujaba lo que aterrizaba en la mesa, Camila pospuso la alarma que, pasado medio segundo, comenzó a sonar. No obstante, desde tiempo después se mantuvo despierta. Y, de hecho, estaba planeando cometer algún acto como el sucedido. Tal vez no precisamente ése, pero al fin y al cabo Camila necesitaba algo para romper, para fracturar, para terminar. Sentía un perverso deseo de comenzar el día siguiente con ese sabor en la boca. Es por eso que, cuando cumplió su deseo, no se entristeció. Es más, se alegró al ver que había quebrado a ese maldito cómplice del tiempo.

★★★

Aún minutos antes de irse, Camila estaba empacando las últimas cajas. No le agradaba la idea de tener que marcharse con tanta rapidez, de tener que dejar atrás ese monoambiente en el que tantas cosas habían sucedido; y entonces, por más que lo negara, había eludido por el mayor tiempo posible su partida. Pero ya había llegado el día, y el tiempo no iba a volver atrás. Caminando sobre los restos de una inundación (hedor, pintura, charcos), llevaba sus pertenencias a su correspondiente caja: “tirar”, “guardar” o “donar”. El cuadro trucho de Dalí, a guardar. El pantalón fucsia de 2016, a donar. La nueva caja de cigarrillos, a su bolsillo. Los tickets de la nueva película de Nolan, a su bolsillo. En realidad, el ticket, porque el otro ya no lo necesitaría.

Fue entonces que se dio cuenta: agarró su bolso, sacó su billetera y miró la foto con Germán. No pudo evitar que se le cayera una lágrima, extrañaba el principio extático de su relación. No obstante, era el momento ideal para dejarlo ir: tomó la foto y la dejó caer sobre uno de los charcos de agua, observando cómo se diluía. Sobre el charco chapotearon algunas otras gotas. Después, agarró el buzo que le había comprado y lo cambió de caja; ahora quería tirarlo, no quería sufrir el tener que verlo al desempacar. Y, mientras llevaba el buzo, vio algo que colgaba en su propia muñeca: el reloj que le había regalado. Alzó su mano y lo observó bien: tenía el vidrio roto, las agujas entorpecidas y los números manchados. ¿Para qué lo quería? Se lo quitó y, sin siquiera mirar, lo tiró al tacho. Se sintió extraña al hacerlo. Es más, volvió a sentirse extraña cuando, como por fuerza de un imán e igual a como lo había arrojado, el reloj regresó a su mano.

PRIMERA MENCIÓN

El gaucho cantor

Azul Daniela Rodríguez Aragonés - 6° Año A Nivel Secundario - Colegio Informático San Juan de Vera - Corrientes

Al fondo del camino, con la luz del sol recién nacido, entre los vastos montes, verdes árboles y matorrales, pasaba al trote una figura. Un oscuro caballo tapado, jadeante de tanto andar, que paró en seco frente a un riachuelo a la vera del camino.

El sacudón despertó al hombre, encabronado por el golpe al caer. El gaucho, de figura alta y esbelta, de piel morena y bien parecido, de nariz aguileña y ojos negros como su cabellera, estaba cansado, con hambre y sed. El gaucho y su caballo habían recorrido demasiadas leguas sin descanso, y solo unos pocos pueblos atrás la justicia había abandonado su persecución.

Mientras el animal bebía de la refrescante agua, el gaucho se acercó al riachuelo y limpió los raspones y magulladuras de su último encuentro con la justicia.

Con la poca luz del alba acomodó sus ropas y se montó al caballo para continuar con su recorrido.

El sol se encontraba en su punto más alto y se sentía un calor abrasador. A unos metros del camino comenzaron a mezclarse la arena y la tierra para dar inicio a la playa y, más allá, el río Paraná. El gaucho, admirando el paisaje correntino,

divisó a lo lejos una joven de cabello negro a la que le podría sacar provecho. Confiado de sus atributos, se acercó a la guaina de nariz afilada y ojos idénticos a su pelo; con lengua fluida y carácter gauchesco, sedujo a la muchacha y la influyó a que le diera refugio por el día.

Sin advertir a la madre, la joven llevó al foráneo al quincho detrás de la casa y le ofreció agua. De tanto conversar ella lo invitó a la payada de la noche como su acompañante; él, gustoso, aceptó y le prometió dedicarle una payada solo para ella.

La noche saliente en la bella Corrientes, y la primera estrella en el cielo iluminaba como solo ella sabe. En la taberna risas estridentes y olor a vino se hacían querer. Al fondo se preparaban unos guitarristas y a la izquierda se encontraba la barra, frente al comedor principal. El gaucho y la muchacha evitaron algunas chusmas y se sentaron en el rincón más oscuro, con ginebra y chicharrón.

La función empezó y los cantores se aproximaron para relatar sus historias de Facundo Quiroga, Santos Pérez, Rosas y muchos otros, como de ellos mismos también.

Con valentía, confianza y orgullo, el gaucho se levantó y saludó a la guaina, preparándose para su dedicatoria.

De cantor a cantor inició nuestro gaucho, hablando fluido y con firmeza y pasando, como solo un cantor paya, historias del sur, del norte y este; de la justicia y sus persecuciones, la historia de la Cruz de los Milagros, la favorita del público correntino; y su as bajo la manga, para cualquier tipo de espectador, la triste historia de un toro confundido por novillo. Más allá de sus extensas y monótonas descripciones del campo, su vivencia atravesó incluso al más duro de los presentes.

En un matadero del sur de Buenos Aires, el Restaurador de las Leyes envió 50 novillos; el último de ellos era el protagonista de su cantar. El pobre toro, nervioso por el olor a sangre y la brutalidad del lugar, se escapó del agarre de los hombres del matadero. Desesperados, enlazaron las astas del animal para detenerlo; sin embargo, el animal respondió y dió el tirón al enlazador. Se escuchó un áspero zumbido al tiempo que rodaba la cabeza de un niño, cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo.

—Conmocionado por la reacción del pueblo —continuó el cantor—, que solo intercambiaron un par de palabras entre ellos, los pocos que se enteraron, y le dieron sepultura en el cementerio local. Rápido se fueron y potenciaron la puñalada al toro. La madre del niño, llorando de dolor, no paraba de gemir. Por lo bajo balbuceaba susurros que solo los entendí cuando me acerqué. Le di mis condolencias y le ofrecí alguna cosa que pudiera hacer. No hizo nada, agradeció por lo bajo y la abrazó, recordando a mi madre cuando murió su último hijo. Fue cuando entendí sus palabras. Rogaba por su hijo, por la vuelta del niño; porque toda la situación era a causa del hambre. Sin saber qué hacer, le regalé mi cuchillo, para que se defienda; mi pañuelo, para que seque sus lágrimas, y le deseé la mejor de las suertes, y que su inocente niño encuentre descanso en la tumba, junto a su caballo de palo.

Todos ovacionaron al cantor por tan tremenda historia y no se hizo esperar la muchacha con sus halagos cuando el gaucho regresó a su asiento. La velada continuó. Todo era risas y aplausos hasta que el prominente grito de un gaucho furioso por la escapada de su hija retumbó en el lugar. Ubicando a su niña, fulminó al gaucho cantor y arremetió contra él a los golpes.

La muchacha, llorando, le rogó a su padre que parara y la perdonase, a la vez que se escuchaba el ruido sordo del golpe contra el piso de una daga sangrienta, seguida de un chorro de sangre del viejo y la escapada del cantor. Le susurró a la niña palabras de piedad y abandonó el salón.

Antes de que la confusión se disipara y la turba se amontonara, el gaucho desató el primer caballo del palenque y retomó el camino hasta el quincho en el que le habían dado asilo, para recuperar su caballo y huir del pueblo correntino encolerizado por el asesinato de uno de los suyos.

PRIMERA MENCIÓN

El Dorado

Jazmín Herrmann - 1^{er} Año B Nivel Secundario - Colegio Informático San Juan de Vera - Corrientes

Agosto en Corrientes, las rutas se llenan de autos repletos de ansiosos turistas que esperan llegar a Paso de la Patria, para la tan conocida “Fiesta Nacional del Dorado”. Época en la que la provincia de Corrientes goza de visitas desde distintas localidades, gente que se amontona para intentar atrapar al pirayú, al Dorado, principal atracción del encuentro.

Contemplar su feroz fuerza, su apabullante color y su imponente nado, digno de admirar. Un animal robusto, cuyos colores intensos compiten con los del metal del que viene su nombre, el tigre de río.

Chiche se colaba en las piedras apoyadas en la costa de la playa para poder vislumbrar mejor las lanchas que se acoplaban en la orilla, esperando impacientes a ser liberadas para emprender carrera en busca de su premio.

—¡Che, vení que ya salimos!

Volvió su vista hacia la emocionada voz de su papá, que lo llamaba desde la arena.

—Pero si nadie se subió a las lanchas todavía —replicó contrariado mientras saltaba al lado del adulto.

—Exactamente por eso, ¡Hay que aprovechar, Chiche! Tenemos que tener todo preparado antes de zarpar; matar a un Dorado es la parte fácil, lo difícil es atraparlo.

—¿Matarlo? ¿No que ya no se hacía eso? —pestañeó extrañado hacia el mayor.

—No sé qué mosca les picó, ahora resulta que hay que regresar el trofeo. ¡Están todos locos!

Chiche bufó y dirigió su vista al río. Parecía calmo, sin anticipar lo que se vendría; el agua se extendía hasta rozar la punta de sus ojotas y regresaba nuevamente, como si tomara impulso.

Cuando el agua estaba a punto de tocar sus dedos, su papá lo agarro de la solapa y comenzó a arrastrarlo hacia donde descansaban las lanchas. Era hora de comenzar.

Subieron a una barca cubierta por una capa de pintura blanca desgastada, a un costado se asomaban letras pintadas de negro, resquebrajadas por el paso del tiempo, que apenas podían entenderse.

El sol se alzaba resplandeciente sobre sus cabezas, sentía el sudor recorrer su cuello, pero no hacía calor. Se sentía nervioso, iba a ser su primera vez acompañando a su papá, pero no era exactamente eso a lo que le temía.

Con el chamamé de fondo las embarcaciones zarparon rumbo a lo lejos del Paraná, ansiosas, a encontrar el lugar perfecto para pescar, si tenían suerte, al tigre de río.

Su papá encendió el motor y marcharon rápidamente con la corriente de su lado. Los rayos de sol se reflejaban en las aguas turbadas del río.

—Mirá, Chiche —Lo había llamado en cuanto se detuvieron en “la cuna de los Dorados”, como le dijo su papá a un punto un tanto alejado de los demás competidores—.

Acá siempre pican. —Sacó una caña y comenzó a colocarle y enrollarle cosas, a lo que supuso Chiche que estaba preparándola, para después hacer lo mismo con otra—. Pero hay que estar alerta, porque cuando caen, no sabés la pelea que dan.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! Son capaces de llevarte la caña. —Colocó el instrumento en el borde de la barca, extendiéndole la otra—. Agarrala.

Chiche tomó la caña, no muy seguro; se sorprendió al encontrarla liviana.

—Y ahora...

—Y ahora largamos —completó el mayor para después, tras tomar impulso, soltar el hilo de la caña que voló hasta caer metros más lejos del bote—. ¿Viste? Ahora vos —lo animó.

Después de muchos intentos fallidos, y explicaciones incomprendibles de su padre, pudo lograr estirar el alambre no tan lejos de donde estaban. “Satisfactorio”, había escuchado decirle.

Estuvieron horas entre el murmullo del río y el crujido tímido de la madera. Chiche se aburría, no iba a mentir, pero su papá, en cambio, parecía estar pasándola de maravilla. “Paciencia”, repitió reiteradas veces cuando veía el movimiento nervioso en la pierna de su hijo.

Hasta que, interrumpiendo la tranquilidad del agua, algo pareció moverse por debajo de la barca, creando ondas que llegaron a la superficie.

Su papá se irguió y frunció el ceño, mientras Chiche tomaba con más fuerza el mango de la caña.

Un fuerte empujón llevó hacia adelante al niño casi haciéndolo caer al río. Gritó de la sorpresa mientras su padre lo agarraba de la campera y lo arrastraba de nuevo al barco.

Sintió cómo el mayor tomó el mango de su caña, sin que él la soltase, y comenzó a enrollar el hilo con fuerza.

—¡Ya está acá! —rio con ganas mientras batallaba por el control de la caña.

Chiche se tambaleaba de un lado para el otro debido al forcejeo que ejercía su papá en contra de lo que estiraba el hilo.

De un rápido movimiento el mayor trancó sus pies en el borde de la barca mientras llevaba la caña hacia atrás, sin dejar de enrollar el alambre.

Chiche observaba con miedo cómo el palo se doblaba anormalmente, le sorprendía que hasta ahora no se hubiese partido en dos.

Su papá gruñó ruidosamente cuando la caña estuvo a punto de caerse al agua.

El niño no salía de su asombro, ¡¿Qué había ahí abajo?! ¡¿Cómo tenía tanta fuerza?!

Como respuesta a sus preguntas, del agua saltó una robusta figura, compitiendo con el brillo del sol que reflejó sus rayos en las escamas de ese imponente animal.

Chiche abrió la boca sin pronunciar palabra. En un gran salto, como si quisiera llegar al cielo, un Dorado enorme salió del agua delante sus ojos, lleno de fuerza y viveza.

Su impresión se vio interrumpida cuando de un fuerte jalón su papá logró atraer al pescado a la embarcación, y se desplomó en un ruido seco al suelo. El barco se tambaleó.

El pescado se movía desesperadamente, como intentando romper la madera debajo de él, intentando saltar desde el borde hasta el río.

Chiche extendió su mano temblorosa hacia el animal que se zarandeaba, hasta que un reflejo llegó a sus ojos.

Encontró a su papá desplegando un cuchillo de una funda de cuero marrón, su filo brillaba amenazante.

Comprendió, entonces, cuando lo vio alzar su mano, qué era lo que pretendía.

—¡NO! —Se sujetó a la espalda de su papá con toda la fuerza que pudo reunir, alejándolo del pez, cayendo hacia atrás. De la sorpresiva interrupción el mayor dejó caer el cuchillo a un lado del Dorado.

—¿PERO QUÉ HACÉS?! —Se giró sobre sí mismo enfrentado a su hijo interrogante pero rabioso por el imprudente movimiento—. ¡Mirá si te cortaba!

—¡No lo mates! ¡No lo mates! —gritaba aún sujetándolo, reticente a soltarlo

—¿Qué decís? Dejá de hacerte, dale, soltame, Chiche.

—¡No lo mates, por favor! —Se abrazó a su papá quien ahora intentaba quitárselo con sus manos.

—¿Eh...?

—No mates al Dorado... —murmuraba cerrando fuertemente los ojos, presionando sus brazos para intentar retener a su papá

El mayor agarró de los hombros a su hijo después de zafárselo, estaba llorando, y el niño trataba inútilmente de aguantarse las lágrimas.

Volvió su mirada al pescado, contempló cómo el oro de sus escamas brillaba a pesar de que estuviese agonizando.

Como un recuerdo fugaz pasó por su mente aquella quien fue su mujer. Su dulce canto mientras caminaba por la costa del Paraná con aquel vestido de colores Dorados, que la hacían ver igual al sol del ocaso que se escondía entre las aguas.

Aquella, quien a pesar de estar en sus últimos días, se negó a borrar su sonrisa, y su vestido, del que siempre bromeaba llamándole “El Dorado”.

Miró a su hijo, cuyos ojos temblaban con lágrimas resbalando por sus mejillas.

Revivía este momento como un *déjà vu*, era igual a como su esposa lo había intentado detener una de las veces en que pescaron juntos, la última vez que pescaron juntos, cuando estaba embarazada de Chiche, antes de que ella...

—Chiche —lo llamó intentando captar sus ojos que se habían dirigido al pescado—. Chiche —alzó la voz.

Su hijo lo miró

—Por favor... —Susurró a su mirada una vez que se volteó.

Algo atorado en su garganta le impidió hablar, por lo que abrazó a su hijo fuertemente colocando su cabeza en su hombro.

—Ya está, ya está... —Intentó calmarlo sintiendo temblar al niño en sus brazos.

Liberaron al pescado.

Lo devolvieron al río, en donde el pez se alejó en una suave caricia, mientras cortaba el agua con sus aletas hasta hundirse en el fondo.

Su padre abrazó a Chiche por los hombros, mientras observaban en silencio cómo de un gran salto, pasando por arriba del sol que se despedía en el horizonte del Paraná, se alejaba el Dorado.

SEGUNDA MENCIÓN

Un diálogo literario

Valentino Arcodaci - 5° 3ª - Instituto Libre de Segunda Enseñanza - CABA

Desde que tengo memoria siempre me sentí abandonado, sin padre ni madre. Huérfano. A mis hermanos y a mí nos decían que éramos idénticos a nuestro padre, irónico que lo conozcan y yo no. Mi vida era un vacío. Un blanco total. Sin embargo, repentinamente, entre los ruidos de máquinas del orfanato, escuché mencionar el título de un libro llamado *La biografía oficial de Jorge Luis Borges*. Me interesé tanto que mi vida se basaba en contarles a los demás sobre aquel escritor. Y mi único sueño era ser mayor para ir a la Biblioteca Nacional.

Cuando hube finalmente madurado, sabía que cumpliría mi objetivo. Pensaba que no había otra cosa mejor que pudiera pasarme además de entrar en ese inteligente laberinto. Salí a la calle y sentía que no contaba con movilidad propia, como si yo fuera arrastrado por la fuerza de un destino inevitable. Sin ubicación, sin guía, sin ningún esfuerzo, llegué a la biblioteca. No controlaba las piernas que me acercaban a la entrada, solo continuaban andando. Sabía que era un ambiente donde se juntaban miles de individuos con un interés común, la lectura. Siempre se separaban en grupos de dis-

tintas disciplinas o categorías y se relacionaban entre sí. Hoy entraba yo, por primera vez.

Entré con un grupo numeroso, pero de a poco los bibliotecarios nos fueron separando y guiando hacia el sector de nuestra preferencia. Me pareció extraño que nos pidieran nuestros datos solo por entrar, pero supuse que ellos sabían que una vez que entrabas difícilmente salieras.

Escuché decir algo de un espacio libre en el área de biografías, ya que estaban pasando por una renovación de personal. Y sí, se me cruzó la idea por la cabeza. Sabía que había nacido para eso. Así, como si fuera mera voluntad del destino, sin preguntar, me presentaron en el sector donde trabajaría desde aquel día, desde aquel minuto. Sentía que llevaba días adentro, como si no existieran ya los días ni las noches, las horas ni los minutos; el tiempo se distorsiona, y sin dudas juega dentro de la biblioteca.

Llegó el día en el que tuve a mi primera clienta interesada en una biografía particular, de un escritor. Un escritor que escribió varios cuentos fantásticos, todos atravesados por algunas de sus mismas constantes. Podía ser cualquier escritor, pero le ofrecí el que sabía que buscaba. Sí, ese, Jorge Luis Borges. El escritor al que había dedicado toda mi vida a estudiar, su nombre resonaba en las páginas de mi joven historia. Lo sabía todo sobre él. Aproveché todas las horas que ella podía quedarse en la biblioteca para contarle de manera un poco salteada algunos detalles importantes del autor, tenía que gustarle. Hojeó un poco el libro; mientras, yo no podía dejar de ver cada página, que no era una página sino un recuerdo. Finalmente, se ve que le interesó tanto que me pidió así sin más que yo mismo le contara toda la historia

del escritor, firmó unos papeles antes de salir conmigo y nos dirigimos en taxi al café.

No quitaba su mirada de mí, sus ojos movedizos con ansia de saber más se complementaban con mi obsesión de contarle todo sobre Borges. Pidió unos cafés para combatir el sueño, para no perderse un segundo de mi narración sobre la vida del escritor. Yo estaba fresco y el sueño no existía, no existía nada que no fuera ella, ella que atendía a todo lo que tenía para decirle. Mi vida cobraba sentido cuando transmitía ese saber que guardaba, cuando alguien además de mí lo adquiría.

Ya era tarde y ella tenía ganas de volverse a su casa, entonces me agarró de su mano y me llevó con ella. Nunca me había sentido tan interesante como aquella vez. Dormí al lado suyo. Y a la mañana, en el desayuno, le terminé de contar la historia del escritor. Lloró, no sé si por la vida de Borges o porque había exprimido cada gota de mi conocimiento con la esperanza de que fuera infinito. Pero no, mi saber se restringe a un número de hojas y tinta.

Entramos juntos a la Biblioteca Nacional, la esperé a que firmara unos papeles. Me acompañó hasta el mismo sector donde nos habíamos encontrado, algo casi romántico. Hasta que me dejó sobre la repisa, junto a otros de mi índole. Vi en su mirada humana cierta lejanía. Vi cómo me usó. Vi a algunos de mis hermanos. Vi cómo se alejaba por el pasillo siete. Me vi en este mar infinito que es la biblioteca. Esta es mi cárcel sin rejas, es aquí donde el azar reina, el tiempo juega, el laberinto esconde y el invitado saquea.

SEGUNDA MENCIÓN

Entre el Karái y el más popular de los duendes correntinos

Fernando César Ledesma - 4º Año A Nivel Secundario -
Colegio Informático San Juan de Vera - Corrientes

Es primero de octubre, varias familias correntinas están reunidas alrededor de una mesa encabezada por Don Cayé, con una variedad de platos típicos como puchero con locro, mbai-py, Karaku jopara, porotos, arroz, verduras en abundancia y frutas tropicales, para celebrar el Karái Octubre y alejar la escasez de alimentos. De fondo se escucha los acordes de “Kilómetro 11” del Taita Cocomarola, que alegra la jornada.

Grandes ventanales, donde están apoyados nacos de peti, tabaco negro y caña, para tener contento al Pombero y que pueda masticarlo al modo correntino. Desde estos ventanales todos observan el Paraná, hay algo entre él y el sol que habla de una larga amistad. El río atrae, nada falta en él: islas flotantes de camalotes que el viento mece, riquísima fauna ictícola, botes a la deriva.

En esa calurosa e infinita siesta correntina, en la que el sol se entremezcla con los lapachos florecidos, Anahí, Luriel, Itatí y Ndaiví, los más chicos, escapan del cuidado de sus padres, ganan la avenida Costanera, concedores de los secretos mágicos de la naturaleza; saben del duende Pombero

o Cuarahí Yara, personaje mítico y ancestral de los dueños de estas tierras correntinas antes de la conquista española. Los niños caminan lentamente buscando distraerse, cuando un grito desgarrador rompe el aire: vuelven su mirada y se encuentran con un grupo de chicos haciendo *bullying* a un cambacito de gruesos anteojos con una complexión física delgada. Las patadas llovían, cuando el pequeño quiso balbucear, más fuertes fueron los golpes, mientras un puñado de piedras yoha caían sobre la cabeza del pequeño Camba.

Ndaiví, el más valiente del grupo, siempre listo, se interpuso entre los agresores y logró rescatar al indefenso niño. Junto a sus amigos empezaron a correr a toda velocidad y vieron la oportunidad de esconderse en una tienda antigua llamada “Artilugios mágicos”.

Esperaron unos minutos en la tienda por seguridad, dando unas vueltas observaban todo lo que tenía para ofrecer, solamente vieron muebles normales, preguntándose unos a otros de dónde vendría el nombre de artilugios mágicos. Uno de los chicos se apoyó en un ladrillo que sobresalía del resto y generó un sonido como si algo se activara, “¡Chaké! ¡Cuidado!”, gritó Anahí. Los ladrillos de la pared se fueron desplazando dejando ver un mundo casi nuevo para ellos, donde los libros volaban a su alrededor poniéndose por sí solos en los estantes. Animales autóctonos como el teyú, el pacaá, el chajá, el chingolo, la tijaereta, entre muchos más que se comunicaban. En las esquinas habían barriles de los cuales crecían árboles como el lapacho, el laurel, el timbó, el urunday. Las pociones mágicas eran llevadas a los estantes por carpinchos que iban vestidos con trajes de mayordomo. Fuegos artificiales explotaban en el techo sin quemar

ni generar sonido, mostrando un firmamento mágico, los mainumby eran de papel.

Con su don de hacerse invisible, por una rendija penetró el Pombero, sin hacer ruido al caminar; bajo, fornido, con larga barba y cubierto con un gran sombrero de paja, se anunció imitando el canto de la calandria.

Para sorpresa de los niños, tomó en sus brazos al pequeño camba, el muy akajatá pegaba sapucay, mientras huía, siendo un duende proteico, transformado en ave llevó en sus alas al niño, esfumándose hasta los bosques bajos y espinosos de ñandubay y espinillos, de ahí al tacuaral.

Atónitos aún, los niños regresaron llorando a la casa de Don Cayé, donde despertaron a sus padres para contar lo ocurrido. El dueño de casa, al ser el más conocedor de las historias ancestrales que se tejen sobre el duende, buscó tabaco, caña y miel para dejarlos en todos los lugares visibles de los bosques cercanos a la ciudad.

Don Cayé recordó que debían ir vestidos de blanco, porque es el color para tratar con los espíritus según el imaginario correntino. Además hizo a los mayores la advertencia que la búsqueda se debía realizar siempre direccionada al este, manejando la creencia de sus antepasados: que el Pombero lleva a las criaturas hacia donde está el sol y que si lo tiene toda la noche, la salida del sol es lo que lo resguarda; otra recomendación fue que no contestaran más de tres veces el silbido del Pombero porque este se aparece.

Los más valientes, con un “¡Vamos Chamigo!” y el papá de Ndaiví a la cabeza, siguieron al pie de la letra las indicaciones de Don Cayé. En los bosques bajos y espinosos la paja brava y otras malezas les llegaban a la cintura, se fueron

adentrando cada vez más. El primero de los rescatistas llevaba en sus manos la imagen de la Virgen de Itatí. Escucharon sollozos. ¡¡Milagro!! era el niño cambacito, que se encontraba sano y salvo.

Al volver Cambacito fue llevado a su madre, que lanzó al aire la escoba de pichanas con la que estaba barriendo el patio para abrazar fuertemente a su hijo, mientras las lágrimas regaban el patio de tierra.

Como dicta la tradición guaraní, durante treinta días se llevó tabaco, caña y miel al duende de los montes, cuidador de los animales y plantas regionales, porque Guay del que se olvide un solo día de ofrecerle los regalitos porque regresa el Carái Pijharé, amigo de las travesuras, que nunca perdona un agravio.

TERCERA MENCIÓN

Aleph

Mora Lucía Zabala - 2° 3ª - Instituto Libre de Segunda Enseñanza - CABA

Entré en la oscura habitación. Parecía como si nadie hubiera limpiado durante meses. La ventana sucia dejaba un pequeño rayo de luz atravesar el cuarto y se posaba en una gran caja que llamó mi atención. Me acerqué, sentía una brisa que me arrastraba hacia allí. Moví la caja con decisión, estaba lista.

El óvalo tenía un color negro, obsidiana. El rayo de sol desaparecía en esa negrura, se derretía. No esperaba que fuera así, tal vez algo más intimidante, gigante. Pero solo ocupaba el espacio de una alfombra de baño. Tomé la posición que me habían enseñado, se suponía que debía agacharme hasta que el rayo de luz se reflejara en el Aleph, pero no lo creía posible, ese vacío era incapaz de reflejar cualquier tipo de luz. En un microsegundo, ese vacío se transformó en el espejo más brillante del mundo, el pequeño rayo se volvió una laguna de destellos. Mis ojos quemaban hasta que ese resplandor se convirtió en imágenes.

Vi todo, absolutamente todo. Desde que era pequeña, recuerdos que pensaba olvidados, memorias que eran imposibles de recordar. Todo era demasiado, era tanto para ver que mis ojos no podían con ello, en vez de observar las imágenes

y películas, ellas se metían en mis ojos, era abrumador. Fue un instante, el cual sentí como un año. Vi a mi familia, mi escuela en la calle Scalabrini, mis compañeros. No solo experiencias que había vivido, sino cosas que creía conocer, que sentía recordar, de las que solo había leído o me contaron. Quizá imágenes de mi imaginación, sacadas directamente de mis sueños y pensamientos. Vi a mi familia y también sus vidas. Parecía que el Aleph me estuviera absorbiendo a sus profundidades, cuando en verdad estaba totalmente quieta en un sitio. Qué ingenua al creer que el Aleph tenía fin. Sentía estar flotando en un mar de aceite hecho de imágenes brillantes. Tenía miedo, poco a poco mi cuerpo iba aumentando de temperatura, mis ojos eran la única parte que estaba fría. Tal vez era solo una sensación y en realidad no me sucedía nada. Sentía temor, pero no podía parar de verlo. Vi pétalos, árboles inmensos con ramas curvas, uvas y magia. Vi mi árbol genealógico, mi bisabuelo, tatarabuela, personas que nunca conocí, vi sus vidas, sus penas, sus emociones de colores. Una lágrima cruzó mi rostro. Cayó en mi mejilla y se evaporó instantáneamente. No podía ni preguntarme ni suponer qué tan caliente estaba mi cuerpo, las imágenes no paraban de atravesar mis ojos, cuanto más tiempo pasaba menos podía ver. Vi mis años posteriores, pero para ese momento todo era blanco. Blanco puro como el que nunca se ha visto. Sentía hundirme en ese océano viscoso hasta que parpadeé.

Me encontraba en la misma posición en la que había empezado. Mi cuerpo hervía, pero no transpiraba. Mis ojos estaban secos, no me había dado cuenta de que no había parpadeado en todo ese tiempo. Estaba inmóvil. Necesitaba entender todo lo que había visto, recordarlo. No podía

encontrar ni la mitad de las cosas en mi memoria, todo se había borrado. Me desesperé ¿Cómo era posible no recordar si todo había sido hace un segundo? Luego me pregunté de verdad cuánto tiempo había estado allí. Tal vez habían sido minutos, horas o días. Quería comprobarlo, pero no podía moverme. Ver el Aleph había tomado todas mis energías, pero sentía que dormir o acostarme en el suelo me iba a quitar más de las que me iba a dar. Quería verlo otra vez, necesitaba saber más, reunir más conocimiento. Pensé en ir otra vez a ese mágico lugar, pero luego decidí que no. Había sido suficiente. Me resigné a mi idea de buscar el máximo de mi memoria, pocas personas podían tener esta experiencia, era suficiente. Ya había visto mi pequeño universo, mi pequeño mundo, el mundo que conozco. Me levanté, con mucho dolor, y arrastré la gran caja a donde estaba antes de que yo llegara. Lentamente me alejé, mis músculos ardían con fuerza, todo mi cuerpo parecía haber envejecido. Cuando llegué a la puerta me di vuelta y vi por última vez ese lugar donde estaba el Aleph.

—Que otro te encuentre. Gracias, de verdad —dije mientras una lágrima me cruzaba el rostro.

TERCERA MENCIÓN

Resignación

Lucila Strelczenia - 6° año Secundaria - Learning Proyecto Integral - Olivos, Buenos Aires

Ya pasó bastante tiempo desde que comenzó. Fui a varios médicos e hice infinidad de estudios, pero no hay respuesta. Tendré que adaptarme a vivir así.

Todo comenzó aquel día. Al despertar, apagué mi despertador y empecé a preparar mi desayuno. Encendí el televisor para ver el pronóstico del clima y noté que se veía en blanco y negro. No dudé que sería un problema técnico, entonces decidí esperar que el especialista viniera a arreglarlo al día siguiente.

Camino hacia al trabajo, vi que los carteles también estaban en blanco y negro. No le di importancia.

Llegué a mi oficina, como todos los días, y me acomodé en mi escritorio frente a la computadora. Nuevamente los colores estaban ausentes en la pantalla. Intenté no alarmarme. La explicación que elegí fue que sería un inconveniente técnico general que afectaba la ciudad.

Cuando terminé la jornada laboral me dirigí a la biblioteca. Esta me trae preciados recuerdos, ya que desde pequeña siempre disfruté de leer. Era una actividad que hacía seguido y solía ir allí junto con mi abuelo. Este recuerdo me llena de nostalgia.

Al entrar, fui directo a mi rincón favorito para dejar mis cosas, sin observar demasiado a mi alrededor. Me volteé en busca de un libro nuevo, y en ese momento me di cuenta de que algo realmente estaba mal. Las tapas, las ilustraciones, ¡TODO! era otra vez blanco y negro. Les pregunté a quienes me rodeaban cómo veían las cosas y me contestaron que no notaban nada particular, que distinguían muchos colores.

Asustada, corrí hacia mi departamento evitando observar las calles y los carteles; sin mirar a las personas...

Me acosté y reconstruí lo que había hecho el día anterior. Tal vez esta sensación era consecuencia del medicamento que había tomado para el dolor de cabeza, pero no podía asegurarlo.

Cociné algo rápido y me fui a dormir. Ya no podía contener mis ansias por terminar de una vez con esta extraña manera de percibir.

Al despertar, mientras me cambiaba, noté que había empeorado. Ya no veía la coloración de las prendas ni la de los objetos. Así, con el transcurrir de los días, el estado de mis ojos apagaba los colores y las tonalidades de todas las cosas. Mi nueva manera de mirar opacaba mi vida. Tenía menos energía y pocas ganas de hacer cosas. Me aburría.

En cierto modo, esta condición me recuerda a lo que conservo de mi abuelo. Las fotos, algunos videos, absolutamente todo es blanco y negro. Busco recuperar la calma. Cierro los ojos y evoco. Busco desesperadamente revivir los colores. Al menos recuperarlos en mis recuerdos.

Los médicos insisten en descartar una patología física. Intento tranquilizarme. Tal vez tenga que resignarme a vivir de este modo, con esta monocromática manera de percibir.

TERCERA MENCIÓN

Algo familiar en el brillo de sus ojos

Paulina María Anagnostopulos - 3^{er} año Secundario - Learning Proyecto Integral - Olivos, Buenos Aires

Isabella dormía en su habitación. Su cabeza descansaba bajo la almohada y sus piernas, extendidas sobre la cama, recibían el suave calor del verano. Era un martes 13 de enero. La luna se había puesto temprano y la oscuridad dominaba la noche.

A las 6:10 de la mañana sonó el despertador, como era costumbre. Isabella apagó el irritante sonido y se quedó en la cama, buscando la fuerza suficiente como para levantarse. Finalmente lo logró y fue a lavarse los dientes y a mojarse la cara para terminar de despertar. Miró el espejo: las ojeras dominaban su rostro.

Bajó a desayunar y notó que por la ventana abierta entraba un viento suave y que sobre la mesa descansaba, alerta, un gato negro. La miraba fijamente. Sus ojos amarillos, casi brillantes, le parecían familiares.

Cerró la ventana y comenzó a observar al animal. Tal vez tenía un collar o algo que indicase de dónde provenía, pero nada. Lo acarició un poco, parecía amable.

Isabella sirvió agua caliente en una taza sobre un saquito de té y colocó tres cucharadas de azúcar. Sacó dos rodajas de

pan del tostador y las untó con mermelada. Luego agarró un plato hondo y vertió agua de la canilla.

Cuando se dio vuelta para darle de beber al felino, notó que este ya no estaba. Apoyó el desayuno sobre la mesa y se agachó buscando al gato, pero no lo veía por ningún lado. Intentó llamarlo, pero no tuvo resultado.

Trató de olvidar el suceso y continuó con su mañana. Giró la perilla de la ducha y el agua tibia comenzó a salir. Mientras se desvestía, sintió una brisa recorrer su espalda. Al girar le pareció ver, por el rabillo del ojo, que algo se movía. Una vez más decidió ignorarlo. Ya en la ducha, mientras se lavaba el pelo, escuchó un maullido. Se terminó de enjuagar rápidamente y salió del baño, cubriendo su cuerpo con una toalla.

Vio que ahí estaba el misterioso animal. Sujetaba en su boca el lazo rojo que le había regalado su mamá antes de desaparecer. Lo apoyó en el piso y empezó a maullar incansablemente. Isabella se acercó y tomó el lazo. Luego levantó la vista y volvió a observar al felino. Se aproximó a él para acariciarlo nuevamente. Lo miró fijamente. Esos ojos parecían tener un pasado en común; un sentimiento familiar que los unía.

La sorprendió pensar en su madre, en su manera de mirarla, en el inolvidable brillo de sus ojos verdes.

DIPLOMAS POR PARTICIPACIÓN

Espejo

Rafiq Duarte Chueire - 3^{er} año - Escuela de Enseñanza Media Particular Incorporada N° 8137 Chovet - Chovet, Santa Fe

Me parezco mucho a mi padre, y hace mucho que eso me atormenta. Todos mis parientes me decían que soy tan semejante a él que era casi su espejo. Claro, eso antes de que él apuñalara 16 veces a mi madre; a partir de ese suceso, odio mi apariencia y siempre la quise cambiar.

Pero no importaba cuantos intentos de desfigurarme ejecutara, solo sirvió para causarme dolores que me acompañarían por el resto de mi vida. Aunque era inútil: SIEMPRE ante los ojos ajenos me mantenía con la misma apariencia: lo que llamo “mi semblante maldito”.

Toda mi vida mantuve la viva imagen del ser que más desprecio en el mundo, pero eso no me negaría el derecho a los momentos felices que todo ser humano amerita. Tuve una infancia y adolescencia gloriosas, pero claro, tenía una ventaja: ser una dama criolla, estudiada, de alto capital y de padre caudillo en 1860... o por lo menos solía serlo.

Gasté mucho tiempo y dinero para intentar que eso cambie y podría haber seguido así, pero un día conocí al hijo de una pareja que era amiga de mis padres. Su nombre era Leonardo Gómez, y aunque sus progenitores decían lo contrario,

él no parecía ser hijo de un esclavo. Cualquier persona cuerda diría que ese niño de cabellos rubios, tan blanco que con un lechón recién nacido podría confundirse, y de ojos color oro, nunca sería fruto de adulterio. Aunque mi confianza recién depositada en ellos (ya que atestiguaron en contra del asesino de mi madre) me hacía no tener dudas de que era hijo del recientemente liberado Anthony Scelto. Bautizado así por sus dueños, que ya pensaban en adoptarlo para soltar sus cadenas, había finalizado la sentencia por su crimen.

Puede ser que no me creas, pero ese niño les daba órdenes a sus padres y en una breve distracción escuché un prelude de lo que me tocaría vivir el resto de mis días de boca de un niño, de una manera que jamás pensé que un niño lo diría y con una voz serena y penetrante: “¿Así que eres como tu padre? ¿Cambias de forma?”. Yo lo negué rotundamente cuanto pude, aunque eso resonó el resto de la semana y me hacía pensar cada vez más en ese excremento viviente que se dice mi padre.

Yo todavía no lo había notado, pero lentamente, durante esos siete días abundaba cada vez más el comentario: “Cada vez te pareces más a tu padre”. Intentaba ignorarlo, pero llegó un momento en que era simplemente insoportable y luego sorprendente, ya que lo escuché de la boca del que, exceptuándome a mí, era el que seguramente había sufrido más la pérdida de mi madre: mi abuelo paterno.

En mi cabeza transbordaban pensamientos sobre el porqué el cómo y el desde cuándo empezó a multiplicarse ese parecido con esa basura, y rara vez el protagonista de mis ideas era otro sino él, y desde entonces solo empeoró durante los últimos dos meses hasta sucumbir a la tortura de verlo en mi reflejo.

Hoy, 6 de enero de 1863, es el día de la supuesta ejecución de mi padre; ya han pasado dos años y medio de la muerte de mi madre y dos semanas desde que ese maldito cambió de lugar conmigo para que yo muera y él haga atrocidades declarándose demente porque, claro, todos le creerán ya que su “padre” apuñalo 16 veces a su “madre”.

Descubrimiento atroz

Inés Safarian - 6° año Primaria - Learning Proyecto Integral -
Olivos, Buenos Aires

Son las 7:03 am y me despierto, apurado por llegar al funeral de... ¿De quién? Bueno, supongo que lo desconozco porque sigo medio dormido. Me levanto de la cama y abro las cortinas para recibir la luz del amanecer, en invierno recién a estas horas aparecen los primeros rayos de sol. Me dirijo hacia la ducha y abro el agua caliente con un poco de la fría para no quemarme. Una vez adentro empiezo a pensar de quién era exactamente el funeral. No sé, no me acuerdo. Termino de ducharme y prendo la estufa porque con este frío no se puede estar. Por suerte vivo solo, si no lo hiciera no sé si dispondría de estas comodidades, como ir por la casa con el pelo mojado, sin que nadie me ande diciendo que me lo seque porque está goteando y mojo todo.

En fin, me pongo un traje negro, con corbata negra y tomo un jugo de naranja como desayuno. Rápidamente agarro las llaves del auto y mi celular para irme hacia el cementerio. Salgo de mi casa e intento abrir la puerta del auto, pero no abre. “¿Qué pasa? ¿Se habrá roto la llave?”. Agarro mi celular para llamar a mi mamá, a ver si me puede llevar ella junto con mi papá. No contesta, voy a insistir, quizás estaba por atender y justo su teléfono dejó de sonar; o tal vez está manejando, y no puede hacerlo. Insisto con la llamada...

y nada. Absolutamente nada. No contesta, así que supongo que tendré que caminar quince cuadras para poder llegar en veinte minutos, a las 9:00 a.m.

Empiezo a apurar el paso mientras observo lo tranquila y silenciosa que es mi ciudad. Yo creo que tomé una buena decisión al elegir este sitio para vivir. Acá nunca podría pasarme algo grave. Me siento protegido.

Pasan diez minutos y recién llevo ocho cuadras, falta poco, pero ya estoy agotado. Sigo caminando, noto que inauguraron un restaurante muy lindo. Cuando vuelva del cementerio creo que voy a pasar a almorzar algo por ahí.

Son las 8:57 a.m. y me faltan solo dos cuadras para llegar, estoy nervioso, no me gustan los funerales y eso que no he ido a muchos. Tengo veintidós años, recién hace cuatro empecé a asistir a los funerales porque mis padres no me permitían ir cuando era menor de edad. Sí, es una decisión medio extraña, pero supongo que tendrían sus razones.

Llego, entro y busco a mis padres. Están llorando mientras mi madre dice mi nombre, seguro me quiere junto a ella. Me acerco y la abrazo.

—Acá estoy, mamá, tranquila —digo.

No reacciona, ni se mueve, sigue nombrándome y llorando.

—Hola, papá, acá estoy. ¿No me ven? ¿Qué está pasando? —pregunto.

Me acerco a la lápida para ver de quién es el funeral.

Y mi nombre estaba allí.

Un sueño confuso

Amy Bazán - 6° C - Deutsche Schule Moreno. Escuela Alemana Moreno - Moreno, Buenos Aires

Ya era de noche y me iba a dormir. El día había sido muy agotador. Me había levantado a las cinco de la mañana y casi no había desayunado porque estaba demasiado cansado, aunque fue mi culpa por no haberme dormido cuando debía. Me cambié, fui a la escuela y cuando estábamos en clases, me dormí y la señorita me puso un llamado de atención. Mis papás me retaron por no haberme dormido a tiempo. Después de eso, el día fue normal.

Volviendo a la realidad, como ya dije, era de noche y esta vez me iba a dormir más temprano. Al principio no podía, pero al final lo logré. Soñé que estaba en un lugar muy raro y dije: “¿Dónde estoy?”. Era una ciudad muy gris, casi sin color y la gente parecía normal, aunque todos vestían de gris. De pronto, vi cómo un niño se me acercaba y me dijo:

—¿Quién eres?

—Yo soy Carlos. ¿Sabés qué es este lugar? —Sabía que mi pregunta era rara, pero quizás él sabría algo.

—Mmm... No puedo responder esa pregunta, lo siento —me explicó y se fue corriendo.

No entendí. ¿Por qué no sabría? Pensé que podría ser nuevo en ese lugar. Estaba muy confundido. Volví a ver hacia la ciudad, pero ya no había nadie ni nada. Me desperté algo

asustado. Era de noche todavía. Me di cuenta de que tenía algo en la mano, era la misma gorra de aquel niño de mi sueño.

Desde ese día, cada vez que me dormía, veía el mismo niño en mis sueños, hasta me asustaba un poco. Cuando me despertaba tenía objetos en mi mano que al día siguiente desaparecían. Con el tiempo, ese niño se volvía mi amigo. Yo le contaba todo lo que me ocurría y a él parecía fascinarle. Pasó el tiempo y cuando me volví adulto no lo volví a ver. Lo extrañaba mucho...

Un día de verano, estaba jugando con mi hija de cinco años. De repente, se metió en el bosque y, cuando la encontré, la vi jugando con ese niño que había sido mi amigo hace mucho tiempo. Me miró y me regaló una última sonrisa. Luego se desvaneció en el bosque.

El misterio del pueblo de Bill Woods

Berrio Pontoriero - 6° A - Deutsche Schule Moreno. Escuela Alemana Moreno - Moreno, Buenos Aires

En el pueblo de Bill Woods se vivía de forma tranquila, este pueblo se ubicaba sobre un monte rodeado de un denso bosque lleno de misterios esperando a ser resueltos. Pero lo que no sabían era que estaba por llegar la persona que los descubriría, ya que en el pueblo había un joven travieso, juguetón, curioso y valiente. Este niño era Mason Johns que vino de vacaciones con su hermana Pacífica y su abuelo Franco. Estos, a su vez, se quedaron en una cabaña y luego de desempacar fueron a recorrer el pueblo.

Cuando salieron, Mason vio una figura extraña sobre un árbol y se asustó mucho. Pero en un abrir y cerrar de ojos la criatura desapareció. Su hermana lo vio pálido y le preguntó que pasaba y él le respondió algo que la dejó petrificada:

—Vi una criatura muy extraña sobre el árbol...en el bosque.

Después de caminar un tiempo largo junto con el abuelo encontraron una cafetería y decidieron comer algo allí. Luego de merendar unos ricos panqueques siguieron caminando sin rumbo, solo para conocer el lugar. Pasaron junto a un cementerio y, sin ningún tipo de miedo, entraron.

Mason estaba explorando una lápida, pero en ella vio algo extraño, las últimas palabras del difunto estaban grabadas en

relieve sobre la piedra. Cuando quiso sentir el relieve, este se hundió y al parecer activó una especie de trampa porque el joven cayó en un pozo profundo. Al llegar al final encontró un cuarto con una mesa, sobre ella había un libro muy grande. Lo revisó y resultó ser una enciclopedia... pero con criaturas que no conocía. Siguió investigando y encontró en ese libro toda clase de seres extraños como gnomos y una criatura multidimensional. Mason decidió llevarse el libro y luego intentar escapar de ese lugar. El abuelo estaba jugando con Pacífica cuando se percataron de que Mason no estaba, mientras tanto él buscaba la salida siguiendo una luz que veía a lo lejos. Finalmente pudo salir y mostrarles su hallazgo a Franco y Pacífica, pero ellos parecían no creerle. Pronto comenzó a ponerse el sol, así que se apresuraron por volver a la cabaña.

Mason y Pacífica antes de dormir divisaron desde su ventana un destello proveniente del bosque, entonces despertaron al abuelo y fueron a ver qué era. Lo que encontraron fue algo que no se esperaban. Era un espectro, el cual estaba a punto de liberar su máximo poder para asesinar al pueblo entero, pero la familia Johns no se rendiría tan fácilmente. Entonces comenzó una batalla épica, elfos y minotauros aparecieron para proteger a los niños y al viejo Franco. Pero nada fue suficiente para derrotarlo, excepto por el hecho de que Mason recordó que en el libro había una última página que tenía un supuesto conjuro para abrir un portal. Como no tenían escapatoria usaron el conjuro y empujaron al espectro dentro del portal, el cual se cerró al instante.

Luego de esto, los miembros de la familia Johns fueron despedidos como héroes de Bill Woods cuando tuvieron que volver a su hogar en Washington para Año Nuevo.

El ataúd de la perdición

Ignacio Luparia - 6° B - Deutsche Schule Moreno. Escuela Alemana Moreno - Moreno, Buenos Aires.

Mi madre me amaba mucho. Nunca hubiera querido que muera. Toda su vida la dedicó a mi crianza y cuidado, y especialmente siendo una madre sola, pues el destino había querido que enviudara antes de que yo naciera, se había sacrificado mucho para darme una buena educación y alimento.

Pasaron los años y yo me convertí en un hombre obsesionado con devolverle todo el amor y la atención que me había dado. Desafortunadamente, a pesar de mi buena educación, eran años de crisis económica y faltaba el trabajo, con lo cual pasaban los meses sin que pudiera conseguir un empleo y la situación era cada vez peor.

Ella estaba bastante vieja ya y su salud decaía cada día por falta de medicinas y buen alimento. Nos habíamos mudado a la antigua casa de mis abuelos, que estaba casi abandonada, porque ya no podíamos pagar el alquiler de nuestra casa. Creo yo que su salud empeoró desde la mudanza, ya que la casa era fría, oscura y llena de humedad por estar continuamente cerrada. Las paredes parecían ahogar a mi madre, que día a día se debilitaba más y más.

En el momento en que finalmente conseguí un trabajo pensé que nuestros días de oscuridad ya se habrían terminado. Sin embargo, cuando llegué corriendo a casa para con-

társelo a mi madre la encontré muerta en su cama, fría, sola en la inmensa oscuridad. Paralizado por el horror de verla sin vida comencé a gritar como un loco. Probablemente mis gritos alertaron a los vecinos, quienes vinieron a ver que sucedía.

Al verme petrificado por la angustia trataron de consolarme y organizaron un funeral. En el velorio trataban de decir cosas que aliviaran mi corazón, pero yo me sentía cada vez más aterrado. ¿Qué sabían ellos sobre cómo me sentía? ¿Cómo podían tratar de consolarme si no conocían mi dolor?

Creo que los odié en ese momento. Solo deseaba estar con mi madre, y que ella estuviera viva. Decidí no dejarla ir, no podía permitir que la funeraria se la llevara, tomé una pala y llevé el ataúd a mi casa. El día que la policía se enteró intenté esconder el ataúd. Pero en el intento caí con él y me fracturé varios huesos del cuerpo. Creo que estoy muy lastimado, y no puedo moverme.

Después de la tormenta siempre sale el sol

Isabella Delia Perucca - 1^{er} año - Escuela de Enseñanza Media Particular Incorporada N° 8137 Chovet - Chovet, Santa Fe

Me llamo Jana, vivo en Texas, Estados Unidos, pero nací en Ciudad de México.

Mi mamá, Marisa, me tuvo a los 19 años, pero mi padre no se hizo cargo de mí y nunca lo conocí. Después me enteré de que tampoco se hizo cargo de mis hermanastros gemelos, Sergio y Carlos. Y eso que mi papá tenía ya 38.

Durante mi niñez ayudé a mi madre con lo que podía en la casa.

A los 18 estudié genética y a los 30 ya tenía un buen trabajo en G.I., un laboratorio muy importante. Fui conquistando muchos amigos y amigas, logré tener mi propia casa. Lo único que me faltaba era un amor, hasta que conocí a quien se convertiría en mi novio, marido y padre de mis hijos.

Se llamaba Mateo, nos cruzábamos frecuentemente cuando yo iba a tomar un café con mis amigos. Nos intercambiamos los números de teléfono y por un año fuimos solamente amigos, hasta que finalmente nos hicimos novios. Después de dos años me pidió matrimonio. Mi madre no se interpuso en ese entonces porque le caía muy bien y le parecía un buen chico; pero los padres de él me odiaron desde el primer momento en que me conocieron, no coincidíamos en nada, intentaron arruinar nuestra boda. Recuerdo que ese día habían venido

todos, incluidos mis “queridos suegros”. Empezaron a romper floreros, arrojaron al suelo toda la comida, cortaron la música, los tuvimos que echar dos veces, hasta que intervino la policía...pero igual nos casamos.

A los 35 tuve a mis primeras hijas. Fue una gran sorpresa. Yo había tenido muchos problemas para quedar embarazada. Ellas nacieron siamesas: las dos en un mismo cuerpo, solo sus cabezas separadas. Victoria y Kelly. Yo las amo más que a nadie en este mundo.

Cuando los padres de Mateo se enteraron de que yo estaba embarazada, nos volvieron a dirigir la palabra. Sinceramente a ellos no les gustó que Victoria y Kelly hayan nacido así. Sin embargo, gracias a la ayuda de mi madre y de mis hermanos, sacamos adelante a mis niñas. Y aunque ellas estaban en un mismo cuerpo, tenían diferentes aficiones.

A los 38 tuve a mi tercer hijo, Manuel; aunque al principio nació sano, luego comenzó a enfermarse constantemente. Otra adversidad que poco a poco pudo sortear.

En esa época también fui tía. Mi hermano Sergio fue padre de una hermosísima niña llamada Simona. Tristemente, su esposa murió en el parto, pero él, con tan solo 18 años, sacó adelante a su hija. En los infortunios de la vida siempre nos mantuvimos unidos y siempre nos ayudamos. Mi otro hermano también había quedado afligido por semejante pérdida (la aflicción de uno es también la del otro).

Con el tiempo, Sergio aceptó ayuda psicológica. Volvió a ser él, feliz y cariñoso con los suyos. Por circunstancias de la vida, se volvió a enamorar. Era la niñera de Simona y el destino quiso que viniera al mundo Dana. Hoy Dana, mi sobrina, es una joven mujer trabajadora y muy buena persona.

Por su parte, Carlos también conoció el amor, una buena esposa, y con ella tuvieron gemelos, Rosa y Federico.

Ahora yo tengo 66 años y mi esposo, 69. Siete nietos en total. Una familia maravillosa.

A Kelly le encanta hacer experimentos y ama el laboratorio; es una verdadera científica. A Victoria le apasionan las ciencias naturales y por ello se convirtió en neuróloga. Con sus conocimientos, su tenacidad y sus ganas de vivir y de tener una vida digna, descubrieron al fin la forma de separarse. Y esto hizo que también ayudaran a otras personas que estaban atravesando la misma situación.

A Manuel le encanta la escritura y se transformó en un famoso escritor profesional. Mis sobrinos crearon una banda, creo que se hacen llamar “Brothers and Sisters” o algo así.

Cuento toda mi historia porque me costó mucho lograr lo que tengo en la vida, aunque todos los días tengo presente que después de la tormenta siempre sale el sol.

Concurso de cuentos 2022

PRIMER PREMIO

Donde no llega la eternidad

Simón Rojas - 5° 1ª T.M. - Colegio N° 10 José de San Martín - CABA

*Everyone tells a story about themselves inside their own head.
Always. All the time. That story makes you what you are. We build
ourselves out of that story.*

Patrick Rothfuss, *The Name of the Wind*

Del pasado al presente y del presente al futuro.

De esa manera las historias continúan. Desde los cuerpos muertos que se descomponen en la tierra para dar paso a la nueva vida, hasta la luna y las estrellas en la capa nocturna que será cubierta por el amanecer.

De esa manera la gente continúa. Todos al nacer respiran. Abren los ojos. Aprenden a caminar. Expresan su voz. Entienden qué es el amor y el dolor. Comienzan sus historias.

Todo pertenece a un ciclo.

A nadie se le permite detenerse dentro de este ciclo. Y es lo normal. Mientras viva, la gente está unida con la muerte. Olvidar tener hambre. Ser invitados por el suelo para discernir los más increíbles sueños. Perder el amor y después anhelarlo. Abatirse por la pérdida.

El mundo que nos rodea emite un nuevo brillo con todos estos pequeños detalles.

“Manifestaciones maravillosas y horribles están en progreso al mismo tiempo”, ese es el significado de lo que se llama “mundo”. No hay eternidad, sino que las cosas continúan.

Del pasado al presente y del presente al futuro.

I

Todo el territorio X es digno de ser contemplado.

En verano los rayos del sol recaen de manera perpendicular y calientan más. En otoño un puñado de golpes, que no son más que hojas cobrizas en descomposición, golpea el corazón de las personas. En invierno solo los más impertinentes salen de sus hogares, y aún con eso en mente, el paisaje se mantiene tranquilo y melancólico. En primavera los campos rebosan de flores y los transparentes ríos entretienen la visión de la gente. Iluminación, desapego, introspectiva y renacer. Las estaciones tienen una gran influencia en la vegetación y el crecimiento de X, por lo que nadie la imaginaría sin esas características tan maravillosas.

A lo largo de la historia se fueron desarrollando técnicas de construcción que sentaron las bases de sus villas actuales, pero se podría decir que la arquitectura característica de X había comenzado con la “Toma”. En la actualidad, hay muchos asentamientos que sintetizan la arquitectura de muchos otros países y crean un híbrido. Desde los asentamientos más pequeños hasta los más grandes, el costo de un espacio en el área es bastante alto, y por lo tanto, tener un lugar allí es prueba de la riqueza en sí misma.

En vacaciones, los monumentos más representativos desaparecen ante la cantidad de gente que va a verlos. El murmullo del gentío es, para los ofertantes y chantajistas, agradables melodías que suenan de fondo. X es un terreno cosmopolita.

Los que no tenían altos recursos solían construir sus casas cerca de X por conveniencia. X es un lugar con un claro perfil turístico, caracterizado por una población de ingresos altos. Cualquier otro que construyera más allá de ese territorio era visto como un paria excéntrico.

En uno de sus maravillosos campos, donde el camino era bañado por abundantes rayos de sol y las flores —que habían empezado a florecer a partir del deshielo— se balanceaban en el débil viento y sus ápices temblaban, había una villa. Era un lugar de rasgos ostentosos, como si expresara abiertamente su pertenencia a gente de actividades lucrativas. Era también un lugar en condiciones deplorables, con un aspecto de abandono. Pasó durante años totalmente desapercibida por quienes habitaban la zona. Personas que no tardaron en acostumbrarse a sus paredes despintadas, su jardín descuidado lleno de hierbas y flores sin nombres, y sus rejas oxidadas. Su rasgo más característico era quizás el columpio cubierto de hierbas enredaderas que sugería la idea de que la villa solía estar ocupada por niños en el pasado.

En todo campo hay algunas de estas villas enormes venidas a menos: villas que a menudo se convierten en el basurreo de los vecinos, en un lienzo tentador para los más jóvenes y en un imán para ese tipo de historias que suelen contarse cuando cae la noche.

El propietario de la casa había sido un adulto mayor llamado Cipriano Boudailaire que había mantenido una ca-

rrera en la industria literaria como novelista. Había sido un anciano con muchas peculiaridades, que usaba lentes ligeros de montura delgada y grisácea y aprovechaba su longevidad como un arma secreta con la que podía expresar experiencias únicas.

El deseo de “vivir” de Cipriano fue determinante para construir la villa. Su deseo, el de su esposa y sus dos hijos. La villa era enorme.

Hoy por hoy, la casa no es de Cipriano, sino de su nuevo encargado, Geranio Valentine. Los otros cuatro ya habían fallecido.

Después de la muerte de Cipriano, algo muy peculiar comenzó a suceder en la villa. Primero las personas notaron que el lugar no estaba absolutamente abandonado como ellos creían. Esporádicamente, un misterioso niño solía dejarse ver en alguna de las ventanas de la casona o en el espacio verde en el jardín. Se hablaba de un niño que llevaba la cara completamente llena de suciedad y ropas totalmente rotas. Las primeras aterrizadas impresiones hablaban de una especie de espíritu que se había mudado al inmueble para llenarlo de lamentos y de sustos. ¿Se trataba acaso de un niño sin techo? ¿De un vagabundo que se había refugiado en esa villa abandonada en busca de un lugar que le sirviera de cobijo? ¿Eran ciertos esos rumores que decían que por las noches lo escuchaban cantando algunas canciones extrañas y que en realidad lo que estaba haciendo eran rituales?

Qué lejos llega la gente. Todas esas teorías estaban lejos de la realidad.

Una vecina entrada en años, lejos de asustarse de esa presencia, dijo reconocerlo. De esa manera empezaría a tomar

forma una historia que asustaría a todo X. Comenzaría a tomar forma la historia de Geranio Valentine.

Era casi imposible que existiese un día tan espléndido para despedir a alguien: primavera de vigor y hermosura, día soleado con abundante lluvia. La causa de la muerte del anciano había sido la vejez.

—El maestro ya no está con nosotros.

Una figura extraña dentro de esta historia le había dicho aquello. Entonces, en la cabeza de ese niño que los ricos llaman “espíritu” solo estaba un:

“Entonces era inevitable”.

Y eso que ni Valentine ni Cipriano compartían lazos de sangre.

“¿Lo era?”, se repetía por las noches antes de quedarse dormido. Solo pensaba en eso. Como una pesadilla.

“Me pregunto si el maestro se siente feliz después de haber sido llamado al más allá. ¿Se habrá encontrado con su esposa? ¿Y con sus hijos?”.

Esta y otras reflexiones atormentaban su mente día y noche.

“Por favor, regrese”.

Suplicó frente a la tumba de su maestro.

Quien lo iba a buscar cuando se quedaba llorando todo el día en el cementerio, cuando estaba en la cama con fiebre alta, cuando no se preparaba la comida o quien le trenzaba y acomodaba el cabello cuando lloraba y lamentaba la ausencia, era conocido como “Querido tú”.

Dentro de este pequeño mundo de los dos, sucedió algo que merecía ser contado.

II

Exactamente, habían transcurrido dos años de luto. Las hojas en descomposición revoloteaban por todos lados y trajeron consigo un precipitado encuentro. Un encuentro preparado principalmente por la lectura abierta del testamento del ya fallecido Cipriano Boudailaire.

El acto anticipaba la voluntad de su testador de que la distribución de sus bienes y cuestiones relacionadas con su patrimonio, después de su fallecimiento, fueran dispuestas por el joven Geranio Valentine, pero quien manejaría la fortuna durante su proceso de crecimiento sería solo “Querido tú”. Con eso en mente, el hombre de mayor edad reclamó la herencia que Cipriano había dejado y, a partir de ese momento, en la villa donde el apellido de uno era su propio nombre, Geranio había pasado a llamarse “Joven Valentine”.

Cuando se volvió a encontrar con “Querido tú”, ya era capaz de tocar el marco de la puerta sin ayuda, y no negaría que al principio le molestaba un poco su presencia: su voz sonaba más gruesa que de costumbre y su alrededor había cambiado un poco. Detestaba su estúpido cabello ridículamente grisáceo y suave. Detestaba su tonto acento adorable. Detestaba su delgada figura delicada y cómo se movía con tanta gracia. Detestaba su mirada fría y reconfortante. Detestaba sus ojos de ciervo. Detestaba su rostro lleno de facciones bonitas que lo hacen lucir más bonito que las señoritas, a veces. ¿Lo miraba desde un mundo diferente? ¿O miraba desde el fondo de su alma?

Geranio Valentine se había sorprendido mucho de su cambio. Desde el primer momento en que lo vio, sincera-

mente, jamás se imaginó que llegaría a ser como su maestro. Porque, al principio, era un niño como él. Entonces se preguntó: “¿Por qué si él y yo somos parecidos, yo estoy estancado en un mundo diferente?”.

Él mismo atribuyó esto último a un evento inopinado del pasado. A un abandono.

Geranio Valentine quería llegar a ser como “Querido tú”. Él era joven también. Podía empezar de nuevo en cualquier otro lugar de este mundo. Pero había algo que no podía hacer, y eso era deshacerse de su única familia. Simplemente no podía.

Porque era la familia. Un núcleo fundamental en la vida, en la sociedad. Personas con las que compartía sangre. Personas que te ayudaban a construirte como persona.

Entonces, ¿por qué su única familia no era así?

Para decirlo sin rodeos, su hermano mayor lo había vendido. La explotación laboral de niños no era algo tan inusual en esa zona remota, rural y que todavía estaba arraigada a las viejas costumbres. Actualmente en todo el mundo era un delito grave, pero aunque fuese así, él no había cambiado con respecto al pasado. Seguía siendo espíritu que vivía en una tierra que había encontrado, disfrazado para que nadie lo vendiera de nuevo. Así se había reinventado. Era otra persona. Un desconocido que había aparecido en esta continuación. Un pastorcillo con muchas ovejas que había llegado antes que nadie. Ese era Geranio Valentine.

Recordaba vívidamente la sensación de asombro que tuvo cuando abrió la puerta de la que había sido su casa y estaba desierta.

“¿Entonces la felicidad también muere?”, pensó.

Geranio Valentine era el niño de esos días, no tenía respuestas.

Por eso mismo, no importaba la situación, terminaba comparando a su ser con el de “Querido tú”. A pesar de que se reunieron después de mucho tiempo, por alguna razón estaba triste. Tanto, que terminó cuestionando un montón de cosas.

—“Querido tú”... Estás irreconocible. De repente te convertiste en una persona imposible de acceder. Wow... felicidades... Quiero decir... Me haces dudar de mí, ¿sabes? Yo que vivo sin rumbo, sin ninguna preocupación en el mundo...

Silencio.

Ese comentario salió de su boca porque, aunque supuestamente los dos habían vivido en las mismas cuatro estaciones, él seguía siendo un insignificante pastorcillo.

—Pero ser un pastor de ovejas no es un mal oficio —le respondió el hombre.

Siempre terminaba comparando dos cosas muy diferentes.

—No, no, no... Me gusta bastante. Jugar con mis ovejas. Cuidarlas y alimentarlas. Pero de alguna manera... como... cuando te miro, “Querido tú”... pienso en mí. Cuando estoy recostado bajo la luna me pregunto si estoy bien así. Porque seguramente, debería haber algo más que quiero hacer. Yo... Si tan solo pudiera cambiarme a mí mismo también...

Su voz se fue apagando hasta que se quedó en silencio.

—Geranio.

—¿Mmm?

—¿Nos hemos distanciado mucho?

Silencio. Otra vez.

La respuesta era obvia. “Querido tú”, a diferencia de él, sí había crecido.

III

Las agujas de los relojes giraron más rápido hacia la derecha. Incontables soles que habían entrado en escena por el este salieron por el oeste. Las flores abrían y cerraban sus pétalos constantemente. Las farolas se encendían y se apagaban, como si un niño pequeño jugara con ellas. El paso rápido del tiempo estaba oculto en muchos detalles. Las estaciones habían pasado varias veces más y el invierno estaba a punto de culminar. Aunque los años se alejaban de la primavera en la que se había encontrado con “Querido tú” y en la que había muerto Cipriano Boudailaire, él no había cambiado nada. Hoy también estuvo paseando a las ovejas. Eso fue todo.

Se levantaba por la madrugada, comía, sacaba a las ovejas, hacía su trabajo, volvía a casa y dormía. Al día siguiente se levantaba por la madrugada, comía, sacaba a las ovejas, hacía su trabajo, volvía a casa y dormía. Al otro día, una repetición de eso. Y al siguiente, una repetición de lo mismo. Sin encuentros fantásticos u oportunidades maravillosas, continuaba. Había dedicado su vida entera al trabajo, y no tenía a nadie más cercano a él que “Querido tú”.

Aunque “Querido tú” no era su amigo. De igual forma, pensaba que ese ser era extraordinario, portentoso.

—“Querido tú”. Hola; ha pasado un tiempo —susurró en voz baja, como si tuviera miedo.

Fue una mañana muy hermosa ese día. El paisaje gradualmente se teñía de la afable mañana, la capa blanquecina que

envolvía lo que había sido la noche anterior emitía un brillo diáfano. Las diferencias de temperatura entre la noche y el día eran notorias y la vista de tallos verdes se extendía del interior de la nieve descongelada.

Había aparecido en invierno, justo un día antes de que se acercara la primavera, un día antes de la muerte de su maestro, y el día antes de su cumpleaños número dieciocho. El ambiente carecía de color en comparación con la primavera, era el equivalente a muerte: la comida escasea, la luz del sol disminuye y el frío hace estragos en el cuerpo. Pero sin nieve la tierra no puede descansar y eventualmente se marchita. La nieve es inevitable. Esa estación era inevitable. Las estaciones que colorean la vida de las personas que viven en la tierra no ocurren espontáneamente.

En medio de esa atmósfera, llegó la extraña figura de “Querido tú”: su camisa de alto costo le daba un aspecto formal, la tela era delgada y corría sin prisa cada vez que el viento helado soplabla. De cierta manera asemejaba una fantasmagórica escena; con su cabello y su piel relucientes bajo la luz de la mañana indiferente, que hacía oídos sordos a las súplicas.

—Entonces, “Querido tú”, ¿viniste a visitar la tumba del maestro?

—Sí —contestó.

—¿Podría ser que hubieses venido a celebrar mi cumpleaños?

—Sí.

—¿Podría ser que también sea la última vez que nos veamos?

—Sí. —Había sido una cruel declaración, pero el más joven no mostró ninguna reacción—. Valentine, si cuando regrese todavía estás aquí, volveré por ti también.

—Lo estaré. ¡No me iré a ninguna parte, estaré esperándote aquí! ¡En nuestro hogar!

—Pero creo que tardaré mucho... en regresar.

—¡No te preocupes por eso! ¡Está bien...! ¡Digo...! ¡Porque yo estaré aquí! Pero eso es... No te veré más, ¿verdad...?

El muchacho que cumpliría dieciocho años tenía un nudo en la garganta, así que las palabras que quiso decir nunca salieron de su boca.

Y así, invitó a “Querido tú” dentro de la casa como había declarado. El hombre de mayor edad le dijo que le habían pasado muchas cosas, infinidad de cosas tanto maravillosas como horribles durante todos esos años. Mientras le contaba eso empezó a llorar. Geranio Valentine abrió sus ojos como platos.

Honestamente, a él le pasaba lo mismo.

“Pobre ‘Querido tú’”, pensó.

Pero por dentro estaba feliz, por fin tenía algo de lo que podía presumir. Se parecía a “Querido tú”. Mientras pensaba en eso, las lágrimas no dejaron de salir de sus ojos también.

Si no hubiese sido por la tradición que instauró su maestro, ellos no se hubieran conocido en primer lugar, y además, no hubiese tenido esa gran acumulación de tiempo.

—Deberías haber tardado más tiempo —susurró Geranio egoístamente. ¿Quién pensaría que se quejaría de la muerte de alguien? Su corazón se agrietó. Su compostura desapareció. Su lengua se volvió desagradable.

Entonces, un día “Querido tú” dejó de ir por la villa. Pero Geranio Valentine no podía dejar ese lugar, así que se quedaba parado con sus ovejas mirando la transparencia del río, pensando qué haría cuando “Querido tú” tocara tres veces la puerta como siempre lo hacía.

Cualquiera dentro de este mundo pensaría que eso era triste, pero a los ojos citrinos del joven Valentine, un final tan maravilloso como ese era una salvación que solo se presentaba una vez en la vida. Además, pensar que se sentiría tan triste por la despedida de un conocido que solo veía una vez cada tanto era tan...

—Es que yo... “Querido tú”... yo...

¿Alguien le daría las respuestas?

—Es que me voy a quedar solo... —Las palabras dejaron su interior de forma natural.

—Detente. Para de llorar. Cállate. Estas llorando de la forma en que un niño lo haría.

—Ugh... Fu-uh... Ugh... No...

Él estaba feliz. Feliz de que Cipriano lo hubiese traído.

—No quiero... Porque otra vez... Estaré...

Geranio Valentine estaba esperando. Esperaba que alguien se acordara de él, que alguien notara su insignificante presencia dentro de este ciclo llamado mundo. Que lo buscaran. Vivía esperando algo como eso.

—Cielos...

Geranio Valentine estaba aislado. Antes de que lo notara, tanto su encuentro con Cipriano —quien ya descansaba en paz y seguía el ciclo continuo del mundo— como “Querido tú”, se habían convertido en la salvación de su vida.

Al día siguiente, cuando llegó la primavera, los dos se despidieron en el marco de la puerta. Las especies cambiaron su plumaje y despertaron del duro invierno. Día y noche pelearon, sufrieron cambios. “Primavera” era la mejor estación para la ocasión. Con todos esos detalles, Geranio Valentine se incorporó a la vida adulta.

—Geranio Valentine, te agradezco mucho por estar aquí para mí. Desde el principio, hasta ahora, para siempre... Hasta mucho más que eso. Infinitamente. Muchas gracias.

El paisaje era demasiado lúgubre.

—Y... se acabó.

El pecho de Geranio se apretaba con cada palabra. Como la porcelana al caer de la repisa, sin que nadie recogiera los pedazos, dejando todo su ser esparcido, sin esperanza de ser reparado. Había veces en las que solo podía pensar en eso.

—Terminó esta parte de mi vida.

—Hoy en día es difícil dar algo por afirmado. Vivimos en la negación desde que nacemos. Eso es lo que pienso.

—Culminó esta parte de mi vida.

—Pero tú lo hiciste por mí. Para mí.

—Por favor, cállate. Lo que dices me lastima.

—Muchas gracias.

—Que te calles.

—Tengo algo más que muero por decirte.

—Te dije que te calles. No quiero escuchar más esas palabras.

—Valentine, alguien más me ha aceptado.

—Para...

Se sentía incompleto, desdichado. Hecho trizas. Como un cielo amoratado, como el horizonte del ayer que le fue prometido y nunca llegó.

—Descubrí que hay mucha gente en el mundo como yo. Como nosotros.

”Mi tiempo contigo se está... Mi tiempo contigo se está desvaneciendo.

”Existen personas en este mundo que siguen su corazón.

”Me estoy muriendo... poco a poco.

”Geranio, de ahora en adelante también te apoyo. No me importa si te quedas esperando aquí a alguien. Incluso si, por casualidad, decides dejar de esperar y aventurarte a salir de aquí, apoyaré esa decisión también.

”Me gusta esta pureza tuya, como si reflejaras a la otra persona.

”Afirmo tu bondad como persona. Porque tú afirmaste la mía.

Cerró los ojos y apretó la mandíbula. Tenía tantas preguntas, tanto que quería saber, tanto que le hubiera gustado recordar. Pero no podía hacerlo y ese factor lo frustraba íntegramente. Le dolía, le dolía el no saber la verdad, el no saber en quién confiar y en quién no. Odiaba ese sentimiento constante que lo embargaba. Y en la noche, en la soledad de la habitación, todo era peor.

—“Querido tú”, piensa en mí. Piensa en mí cuando te levantes, cuando escribas cuando llores, cuando ames, antes de dormir... No me olvides... —susurró.

Era una persona rota. La piel marcada. Caminando en las noches con sus pesadillas. Muriendo en el día con sus sueños. ¿Alguien lo salvaría? ¿O tendría que permanecer en ese lugar familiar entre la ira y la tristeza, donde su única voz era el llanto? No lo sabía. Solo quería ser sostenido. Solo quería ser amado. Solo quería ser salvado. Solo deseaba ser reparado.

—Te doy mi palabra. No te olvidaré.

—¡Mentira, mentira, mentira...!

—Yo te apoyo. Esto no es una mentira.

—Mentiroso... Tú eres un gran mentiroso... eso es algo que dices para salir del paso... Terminemos aquí. Se acabó.

—Valentine. Es importante que, para avanzar, tengas a alguien que te acepte. Por favor, ten en cuenta esto. —Su cara se veía tan rara mientras lloraba—. Hay alguien en algún lugar de este mundo que te acepta. Porque el mundo es hermoso.

Al final, se dieron la mano como niños pequeños haciendo una promesa:

—¿Entonces... no me estas mintiendo?

—No es una mentira.

—Entonces, cuando yo...

—Cuando tú...

—Cuando me convierta en alguien capaz de verte, ¿me aceptarás? ¿No sería una molestia? Yo... ya sabes, yo... en realidad quería ser tu amigo. No solo un conocido...

—Yo te recibiré.

—Pero no puedo de inmediato, “Querido tú”. Sabes, ¿no? Tengo una familia... no la tengo, pero la tengo. Tú me entiendes, ¿no?

—Sí.

—Pero, cuando yo pueda...

—Sí. Cuando tú puedas.

—Seguramente, en un día realmente bueno para que dos almas se encuentren

—Definitivamente ese día será maravilloso. Será un buen día.

—Encontrémonos de nuevo algún día, “Querido tú”.

Y así como la nieve cubrió con su manto la tierra, la capa de plata se desvaneció y brotaron hojas, lindas. Geranio Valentine cambió. El mundo también lo hizo.

IV

La llamada estación de los comienzos —que deriva del latín *prima* que expresa “primer” y *vera* que significa “verdor”—, era una estación en donde las cosas nacían, pasaban. Los niños crecían y emitían sus voces, comenzaban a caminar y una vez que tomaban conciencia de sí mismos, comenzaban sus propias historias. Como esta. Todo era un ciclo. Crecían, conocían el amor, dejaban de ser niños y al simpatizar con otras personas descubrían la pasión, luego daban luz clara a la descendencia, al igual que sus padres.

Gira el mundo y también la información. Una historia giraba y alentaba a otro, y los alentados concebían sus propias historias. Eso era la primavera. “Comienzo y transcurso” en una sola palabra. Nos permite detallar cada momento que nos rodea, toma consciencia y nos hace ver el paso del tiempo en este mundo.

Nos recuerda que al mundo no llega la eternidad.

Geranio Valentine miraba un hermoso campo lleno de ovejas. Una villa donde ya nadie lo buscaría. Una primavera en la que tomó una decisión.

Que “Querido tú” no viniera ese nuevo año lo hizo caer sobre las bases de la realidad. Su cabeza se encontraba recargada sobre la lana de una de sus ovejas, a la que acariciaba, perdido en sus propios pensamientos.

“¿Y si lo hago?”

Fue entonces cuando vino un pensamiento.

“¿Y si lo tiro?”

Eso fue lo que pensó.

“Voy a tirar a mi hermano a la basura”.

No había más razón para quedarse en ese lugar, esperando por alguien que quizás no volvería. Eso lo había perturbado. Lo había hecho llorar miles de millones de veces.

Aunque no le dieran amor, Geranio Valentine amaba a su familia.

“Pero de igual forma la tiraré a la basura”.

Finalmente consiguió pensar en él. Mientras lo hacía, se borró el trazo de su lágrima al frotarse los ojos.

Había tardado mucho tiempo en pensar así. En tomar una decisión despiadada. Ahora se sentía como si hubiese sacado él mismo con sus propias manos su corazón, que era su principal impedimento.

Pero iba a hacerlo. ¿Por qué? Porque ya lo había decidido. Iba a deshacerse de su familia.

Lo que no sabía él era que su hermano había fallecido hacía mucho.

Sin enterarse, caminó, pero no en círculos como un ciclo, sino más allá, continuamente.

“Pero ¿qué debo hacer?”.

Eso fue lo primero que llegó a su mente. Como era de esperar, ese hombre apareció en el fondo de su mente. El chico que había llegado a su vida y a la de su fallecido maestro como un estudiante que buscaba conocimiento, se había convertido en una figura que cambió la imaginación de su propio cerebro.

“Espérame”.

Su cabello plateado estaba despeinado. Su piel era parecida a la cera, con algunos tintes de rojo. Su pecho estaba palpitando más que de costumbre. Comenzar la vida de nuevo era algo normal para muchos, pero ahora que le to-

caba a él, se estaba asustando... ¿Qué era lo difícil, el miedo o las expectativas?

Los dos, había pensado.

Retuvo un suspiro. ¿Así se sentía? Sintió el nudo en la garganta y se la aclaró en un intento de borrar la presión. Al menos la luna le hacía compañía esa noche sin estrellas. Aunque las nubes la cubrían a cada rato. ¿Cuándo lo alcanzarían? Colocó su cabeza entre sus manos, los codos apoyados en sus muslos. Rio torpemente. Volvía a él en oleadas. Quería deshacerse de ese sentimiento de una vez por todas. ¿Por qué se sentía tan bien ante algo tan despiadado? Sus hombros temblaron suavemente, las lágrimas se sintieron cálidas bajo el frío de la madre nocturna.

“Te encontraré. Porque yo también decidí avanzar”.

Las lágrimas brotaron. No sabía su significado, pero quería llorar. Era raro.

Pero había una sola cosa que sabía.

—¡“Querido tú”, espérame!

Iba a verlo. Se encontraría dentro de este ciclo continuo llamado “mundo” con ese ser extraordinario vestido de negro que lo había venido a sepultar antes de la primavera. Antes de su cambio. Así que deseó que no lo borrara de su mente. Eso fue todo.

Eso fue todo.

PRIMERA MENCIÓN

Espíritus rencorosos

Mateo Mereles - 1° B - Instituto Tiberio Botto - Paso del Rey, Buenos Aires

Bierce era descripto según la gente de su alrededor como una persona funcional, pero a la vez, extraña. Las guerras en las que participó lo marcaron de por vida, sus libros basados en el lado malo de la sociedad no conseguían éxito alguno. Los años pasaban y él seguía esperando la fama que anhelaba. Desesperado, buscó medios alternativos más rápidos, pero con consecuencias. En busca de alcanzar su ambición recurrió al Vudú popularizado por los esclavos provenientes de África. Conoció a una bruja que le prometió prestigio y fama, mediante los espíritus que ella decía que gobiernan la Tierra. Aceptó rápidamente, pero este acuerdo tenía una condición: rezarle a los espíritus que lo ayudaron. Las “ofrendas” eran animales, además de altares. Bierce era profundamente católico, pero aun así aceptó.

En 1913 decidió recorrer México y en este viaje se unió al ejército de Pancho Villa en Ciudad Juárez como observador. En México la presencia católica era notable y algo muy importante para los ciudadanos mexicanos. Mientras estaba en México seguía con la parte del acuerdo. La contradicción no lo dejaba dormir hasta que un día de 1913 rompió el pac-

to con los “espíritus” al dejar de hacerles rituales y destruir el altar. Lo reemplazó con figuras católicas. Estos “espíritus” se enfurecieron y no tardaron en actuar. Se lo llevaron a un lugar similar al descrito por parte de la religión católica como el infierno, pero a la vez parecido a un limbo, donde el tiempo sería suficiente para pensar en sus errores.

PRIMERA MENCIÓN

Máscaras

Ximena Zele - 6° A - Instituto Tiberio Botto - Paso del Rey, Buenos Aires

Esto es solo un vals, una fiesta a la cual todos pueden ir, no importa de qué clase social seas, a esta fiesta estás invitado.

Solo hay algo en sí.

Todos cubren sus caras con máscaras, como si se ocultara la primera cara y se mostrara la segunda, o de esa forma siempre lo vio Carol.

¿Quién es Carol?

Carol es una muchacha de unos 25 años, ella cree, pero no recuerda con certeza.

Vestía un hermoso vestido azul marino.

Estaba hermosa a los ojos de muchos.

El baile comenzó, todos bailaban junto a sus parejas, solos o como sea, pero todos bailaban.

Las horas bailaban de igual forma, corrían, danzaban, menos ella. Carol no bailaba con la hora, pero sí la observaba.

Tic... tac... tic... tac...

Nunca vino aquel muchacho que le ofreciera una pieza de baile o la sacara de su aburrimiento. Jamás llegó y su máscara ocultaba su gran decepción ante ello.

Ella se levantó y se fue triste o, más bien, como se describió, decepcionada, ilusionada, consumida por su fantasiosa imaginación. Con sus zapatos en las manos, caminó hasta su casa.

Eran las 3:25 a.m., no corría nadie, no había nadie.

Pensaba qué le habría pasado a su amado, que no llegó nunca.

Caminó, caminó y caminó para poder llegar a su casa, ver a su familia y acostarse a dormir.

Ella conocía el camino a casa, a su hogar, el cual tenía que cruzar las vías.

Ella conocía el camino.

El sueño se gobernaba de Carol de una forma en la que no tenía manejo propio, estaba muy cansada y mareada.

Capaz la máscara no le permitía respirar bien.

Se iluminó el piso.

¿Ahora lo recordaba?

El sonido del tren.

Y nuevamente volvemos, esto es solo un vals, una fiesta a la cual todos pueden ir, no importa de qué clase social seas, a esta fiesta estás invitado.

Solo hay algo en sí.

Todos cubren sus caras con máscaras, como si se ocultara la primera cara y se mostrara la segunda, o de esa forma siempre lo vio Carol.

¿Quién es Carol?

Carol es una muchacha de unos 25 años, ella cree, pero no recuerda con certeza.

SEGUNDA MENCIÓN

La visita

Ana Paula Martínez - 6° - Colegio San Juan Bautista - Paso del Rey, Buenos Aires

Todos alguna vez en nuestra niñez, en Navidad, hemos tratado e incluso soñado con ver a Santa Claus, pero ¿qué pasaría si te dijera que dos hermanos tuvieron la suerte de hacerlo? Esta es la historia de dos hermanos, la mayor llamada Emily, de 8, y Tomy de 6. Estos hermanos vivían con sus padres en una linda casa de dos pisos con un gran árbol de Navidad y una chimenea.

Como era tradición, los hermanos en la víspera de Navidad antes de dormir le dejaron a Santa un vaso de leche tibia y un plato con galletas, para luego ver un maratón de películas clásicas navideñas y después caer dormidos al cabo de la segunda película, para que más tarde su padre los cargara hasta sus camas. Pero esa Navidad en especial pasó algo diferente.

Un ruido contundente despertó a Emily en mitad de la noche. Al darse cuenta de lo que ese ruido podía significar despertó a su hermano para ver si él escuchaba lo mismo que ella y no lo estaba imaginando. Tomy asintió el escuchar el sonido y ambos decidieron bajar a revisar en silencio para no despertar a sus padres. Luego de pasar por el pasillo donde se encontraban las habitaciones llegaron a la escalera y se

detuvieron en los escalones para poder ver lo que producía el ruido, pero sin éxito siguieron su camino hasta el living, donde se ocultaron detrás de dos sillones individuales. Emily le hizo señas al hermano para que guardara silencio mientras ella observaba para identificar el origen del sonido. Primero pasó su mirada por la tele encendida con una película navideña, dio un vistazo rápido al gran árbol y por último fijó la vista en el plato con galletas y el vaso con leche. De repente, un brazo largo y con una forma parecida a un brazo humano, pero con dedos largos y una piel bordó, apareció para tomar la leche y las galletas que llevó hasta detrás del árbol navideño, donde Emily pudo observar una forma extraña y con muchos dientes.

Con miedo, Emily se ocultó detrás del sillón y le dio una mirada de terror a su hermanito, que no entendía qué estaba pasando. Sin saberlo, ese monstruo se acercaba a ellos y apartaba los sillones para dejarse ver por completo. El monstruo tenía un cuerpo amorfo parecido a una mezcla entre un perro y un humano, poseía 2 patas traseras como las de un perro, pero sin pelos y con grandes garras, 4 brazos de los cuales 2 eran largos y los utilizaba para moverse, y dos más pequeños con apariencia humana, y por último, en cuanto a su cabeza, no tenía orejas, pero aún así podía escuchar; tenía unos ojos pequeños y una gran boca con dientes filosos y amenazantes.

Los hermanos, con terror, trataron de alejarse, pero sus espaldas chocaron con la pared. El monstruo les dio un rugido ocupiendo su baba a los hermanos para que se quedaran quietos. Primero se acercó Emily y, olfateándola, de repente el monstruo dejó salir unas palabras con una voz entrecortada y tenebrosa:

—Emily, buena...

Luego se alejó de ella y se dirigió a Tomy repitiendo las mismas palabras con él. Al alejarse de ambos, el monstruo comenzó a moverse de forma extraña, como si quisiera regurgitar algo; de repente, de su boca y con ayuda de sus pequeños brazos, sacó un regalo envuelto con saliva y se lo entregó a Emily, que hace tiempo había dejado de entender qué estaba pasando. El monstruo repitió la acción, pero esta vez sacó de su boca un regalo más largo y angosto y se lo entregó a Tomy. Luego, el monstruo tomó distancia y nuevamente dejó salir unas palabras.

—Sigán buenos...

Luego el monstruo se apartó y se retiró de forma rápida por la chimenea encendiendo el fuego a su salida. Los hermanos se quedaron atónitos y sin idea de qué había pasado. Con curiosidad, Tomy abrió el paquete que se le había entregado y descubrió un tren de juguete, a lo que le dijo a la hermana:

—Es justo lo que quería.

Luego de eso, ambos se miraron entre ellos y decidieron subir a sus camas, ya que no había nada más que hacer; se quedaron observando el techo de su habitación en silencio por unos minutos hasta que Emily le preguntó a Tomy:

—¿Qué habría pasado si no fuéramos buenos?

SEGUNDA MENCIÓN

Anywhere at the end of time

Nicolás Martínez Dubin - 3º 3ª Turno Tarde - Colegio N° 4
D.E. 9 Nicolás Avellaneda - CABA

[Int. Oficina]

Se puede ver a un hombre mayor de edad trabajando en la computadora. Después de un minuto un hombre más joven entra a la escena. El hombre se para al lado del señor y comienza un diálogo.

(Compañero de trabajo)

—Hola, José. ¿Cómo te anda tratando la vida?

(José)

—La verdad que no muy bien.

(Compañero de trabajo)

—¿Qué pasa?

(José)

—Te podés creer que me pusieron una multa porque me olvidé dónde había estacionado ese auto de mierda.

(Compañero de trabajo)

—José, ya me contaste eso la semana pasada

José se queda mirando a la nada por unos 20 segundos.

(José)

—Je, que raro.

[Int. Comedor de una casa]

Se puede ver a José cenando con su esposa mientras escuchan música clásica.

(Esposa)

—¿Cómo fue tu día, querido?

(José, mirando a la nada)

—...

(Esposa)

—Querido...

(José)

—...

La esposa se inclina un poco hacia José y le toca el hombro.

(José, sobresaltado)

—¡Ah! Sí, ¿qué pasó?

(Esposa)

—Estás raro.

(José)

—No es nada, solo estoy un poco distraído.

José y su esposa se quedan en silencio un tiempo mientras la música sigue sonando.

(José)

—¡Elisa! ¡Nos olvidamos de Elisa!

(Esposa, preocupada)

¿De qué hablás?

José, apurado, se para y se pone su abrigo.

(José)

—Hoy era el día de su partido de fútbol.

(Esposa)

—Elisa murió.

José se queda mirando a la nada con la boca abierta y deja salir un quejido triste y le empiezan a salir lágrimas de los

ojos. La música clásica va subiendo de volumen hasta que se vuelve agobiante y para.

(José)

—Me voy. Me voy a la pieza.

[Ext. Calle, día]

José está caminando con su maleta en la mano en una calle poblada. Después de un tiempo de caminar, él para, mirando a su alrededor, nervioso.

(José)

—Dónde...

José pone la espalda contra la pared, hiperventilando.

(José)

—¿Dónde estoy?

José se sienta en el suelo con miedo. Después de un rato se calma y, como si nada, se levanta y sigue caminando.

[Int. Geriátrico]

Se puede ver a una enfermera hablando con una mujer mientras José está sentado en la sala de al lado.

(Enfermera)

—No le queda mucho tiempo.

(Ruth)

—Lo sé, vine a verlo justo por eso.

Ruth entra a la habitación donde está José y se arrodilla al lado de él. Él no se da cuenta de que ella está ahí hasta que ella empieza a hablar

(Ruth con un tono amable)

—Hola.

(José)

—Hola, sos una de las nuevas enfermeras, ¿no?

(Ruth)

—No, abuelo, soy tu nieta, Ruth.

José se le queda viendo un tiempo y le sonrío.

(José)

—Oh, qué coincidencia, ¿Qué hacés acá?

(Ruth, intentando no llorar)

—Solo estaba pasando por acá.

Ruth abraza a José y se quedan así mientras la música clásica vuelve a sonar y termina la obra.

DIPLOMAS POR PARTICIPACIÓN

El silencio de mi mesa

Isabella Delia Perucca - 2° A - Escuela de Enseñanza Media Particular Incorporada N° 8137 Chovet - Chovet, Santa Fe

Me dirijo al comedor, con los auriculares puestos, escuchando hip hop con mi mp3, y mi madre me hace una señal indicando que me los saque. Le hago caso a regañadientes y armo la mesa. En ese instante me doy cuenta de que mi casa está más tranquila y silenciosa de lo normal...

Siempre fuimos la típica familia que se comunica a los gritos. Cada vez que discutimos, se entera más de la mitad del edificio. O en las reuniones familiares, siempre ponemos la música fuerte hasta las tres de la madrugada.

Decido sentarme. En ese momento llega mi papá de trabajar como todos los días, lo saludo con la mano, pero él no emite ninguna palabra, gesto o emoción. Nada. Se sienta, intento empezar una conversación, pero no hay resultados; cada uno está en lo suyo: mi madre terminando de preparar la cena y mi padre leyendo el diario de la semana pasada.

Estamos así unos diez minutos en completo silencio. De pronto, se abre la puerta con fuerza. Es mi hermana, que acaba de llegar de sus clases de patín. Intento que me choque los cinco, pero solo me ignora y se va directamente al baño para ducharse, lo cual es muy raro, porque ella antes de bañarse,

quiere comer. Es más, mi mamá la tiene que regañar para que se duche. Pero esta vez es diferente.

Yo ignoro todos estos eventos “anormales”. Mi hermana sale de bañarse y mi mamá comienza a servir mi comida favorita: pescado. Pero lo hace con una cara muy seria, nunca antes vista.

Empezamos a cenar, todos en silencio y mirando el plato, comiendo y comiendo. Yo ya no sé qué hacer para sacar tema de conversación. No sé si preguntar qué pasó con el vecino Jorge, o si los del piso 8 se separaron, si la abuela llamó, o comentar lo del accidente de la ruta 238. Empieza a ganar mi desesperación y saco temas más discutibles: política, feminismo, religión, racismo. Hasta les confieso cosas que jamás les he dicho. Pero nada. Ni una palabra sale de sus bocas.

Yo ya estoy muy desesperado... ya no sé qué más hacer, decir ni cómo reaccionar. Mi última oportunidad es decirles cuánto los amo, respeto y admiro, pero ellos no mueven ningún músculo. En ese momento ya me he hartado de la situación, y me invade un estado de enojo total por ser ignorado toda la noche. Decido levantarme de la silla, arrojándola hacia atrás, y en ese ataque de ira, tumbo la mesa, la comida, los cubiertos, platos, vasos, bandejas, todo al suelo. Ellos no se mueven, no hacen ningún gesto sorpresivo, no reaccionan por miedo. Nada, solo ven mi escena de enojo.

Eso me enfurece aún más. Y les digo, gritando:

—¿Por qué me ignoran? ¿Qué hice de malo?

No hay ninguna palabra, solo me miran. Yo veo conmocionado todo lo que acaba de pasar. En silencio, siempre en silencio, levantamos todo.

Seguimos comiendo como si nada hubiera pasado. Solo pienso por qué, aunque estoy con mi familia, me siento tan

solo. Estamos compartiendo la cena, todos juntos, pero me siento solo. Sigo pensando y pensando en toda la situación, en todo lo que queda de la cena y en las acciones anormales de mi familia, pero, por vergüenza, ya no hablo más.

Terminamos de comer, yo miro a mi familia con cara de afligido, bajo la cabeza y me quedo mirando un punto fijo en mi plato.

Cuando la levanto miro hacia todos lados. Han desaparecido. Ahí es cuando al fin me doy cuenta de la peor parte de toda esta situación: sí, la peor parte es mi trastorno. Él estuvo jugando otra vez con mi cabeza.

Después de esto, ya sé lo que viene: unas semanas con depresión.

Me pongo mis auriculares para animarme un poco. Luego de un rato, voy directo al comedor porque ahora sí, mi mamá me está llamando, ya es la hora de la cena.

Una mujer en la ventana

Lucía Eriz - 4º 3ª - Instituto Social Militar Dámaso Centeno - CABA

Una mujer mira por su ventana. Hay un café sobre su mesa y un ramo de flores sobre su biblioteca. Mira la hora, pero todavía falta mucho para las cinco. En el balcón de enfrente hay otra mujer, que desayuna parada, mientras mira expectante a que sus hijos entren en la escuela.

Ambas cruzan miradas, se sonríen. Es un gran día para ambas, aunque de distintas maneras. No se conocen, ni tampoco pretenden hacerlo, pero un gesto amable nunca ha matado a nadie.

La primera mujer no se toma su café, lo deja sobre la mesa hasta que se enfría y luego pone la taza llena para lavar. Guarda todo lo necesario en una mochila, aunque todavía falta bastante. Está ansiosa.

La segunda mujer suelta algunas lágrimas de emoción, está orgullosa de Laura y Mateo, que hoy empiezan la secundaria. La primera mujer la mira por la ventana y sonrío una vez más. Está emocionada. Cada vez falta menos para las cinco.

La segunda mujer se viste muy bien, pero se quedará en casa. La primera mujer se viste completamente de negro, casi como para un cortejo fúnebre. Sale de su casa a las cinco en punto, como siempre, llevandotodo lo necesario, entre otras cosas, productos de limpieza y, claro, un arma. Ha estado ob-

servando a la segunda mujer por semanas, quizás incluso por meses. Sabe sus horarios, sabe cómo se viste, sabe probablemente cómo habla. Lo sabe todo. Y la otra mujer apenas la conoce.

Se le hace fácil entrar al edificio y se le hace fácil ulti-marla. Un tiro limpio, en la cabeza, por supuesto. Esconde el cuerpo en el baño y limpia la sangre con tranquilidad. Cuando se va, saluda al recepcionista. Lo hace por diversión, no siente remordimiento, no inmediato al menos.

Me apena pensar que Laura y Mateo, los nombres que yo misma les he inventado a quienes creo son los hijos de la segunda mujer, deban encontrar a su madre muerta. Pero lo que más me apena es tener que ver esa escena una vez más y como siempre a través de unos binoculares, desde la terraza de mi casa.

Cuando veo que está a punto de entrar a su departamento nuevamente y me preparo para bajar, ella me ve. Me mantengo quieta, por primera vez ella me parece real, y me asusta. Pero la mujer tan solo se limita a sonreírme.

La cacería de Arturo

Arturo Lucas Garaglia - 5º 3ª - Escuela Secundaria Técnica N° 1 Eduardo Ader - Vicente López, Buenos Aires

Si hablamos de picardía, no podemos evitar nombrar a Arturo. Sus manías y travesuras descontentaban al antiguo pueblo de Granadilla, que no podía hacer más que aceptarlo, pues el joven era hijo del rey.

Quien sí estaba contento era el soberano del pueblo vecino, ya que casaría a su hija, Ester, con Arturo. Juntas, las familias de los jóvenes conformaron, entonces, una nobleza violenta y dictatorial.

El plato de los plebeyos se llenaba cada día menos. Y la impotencia los llevó al límite: derrocarían al rey como pudiesen.

El día llegó, y el pueblo se reunió con lanzas y espadas de madera frente al castillo del rey. Rápidamente y sofocados por la multitud, los guardias cedieron y abrieron paso hacia el trono.

El día siguiente amaneció con la reina descuartizada y el rey colgado de ambos brazos, pues sufriría una tortura atroz: los perros se comerían los restos de su amada delante suyo.

El banquete terminó y el pueblo seguía disconforme; irían por Arturo. Mas este, temiendo el futuro, se había escapado junto a Ester. Pero la recompensa había sido sellada: quien trajera vivo o muerto al joven, podría proclamarse rey...

El constante ritmo del carruaje y el repetitivo cabalgar estresaban a la joven, puesto que, con el pasar de los días, se habían dedicado juntos a ser sus propios cocheros en las lejanías del pueblo para lograr sobrevivir.

Un día, un hombre peculiar solicitó el servicio de los jóvenes. Este, durante el recorrido, mencionó un popular movimiento del cual él no estaba dispuesto a quedarse afuera: la cacería de un tal Arturo. Los rumores sobre la recompensa ya habían trascendido Granadilla. Arturo y Ester continuaron el viaje en silencio, mientras el miedo les carcomía la garganta.

La noche de ese mismo día no fue como las demás.

Atada a la desesperación e incentivada por la recompensa, Ester decidió terminar con su vida nómada: sería la reina del pueblo.

Al final, solo queda la sombra

Anna Ortiz - 6° CN - Colegio Fasta Niño Jesús - Lobos, Buenos Aires

¿Alguna vez te pusiste a pensar en la vida después de la muerte? ¿Qué hay después de nuestro último aliento y de cerrar los ojos por última vez? ¿Será que nos está esperando algún dios todopoderoso, hecho de luz y con los brazos abiertos, listo para recibirnos en la realidad del descanso eterno? Quizás, ¿será que estamos esperando otro cuerpo para habitar, ya sea el de otro ser humano o una piedra o un árbol? O quizás sea un profundo sueño sin imágenes, solo negrura y frío, y sin una mañana que esperar para levantarse. Algunas personas afirman que se trata de tus creencias, y que cada persona termina en el lugar que cree que merece. Otras, que simplemente es como irse a dormir y no despertar jamás.

Yo era joven, demasiado para pensar en el punto final. No tenía un rumbo definido, ni había terminado de sentirme cómoda en mi propia piel. Nunca había tenido un trabajo, todavía estaba indecisa sobre el camino que quería seguir y nunca había experimentado la pérdida a un nivel tan grande. Ni siquiera había terminado el secundario todavía.

Eran las seis de la tarde de un martes cualquiera, del abril de mi sexto año de secundaria. Estaba volviendo de la casa de una compañera después de terminar un trabajo práctico en grupo, en el pleno de la hora pico. Recuerdo haber pensado

en las milanesas de pollo que mi madre me había prometido preparar para cenar esa noche, cómo se me hacía agua la boca, y cómo todavía se me estruja el pecho al pensar en que no las pude comer por última vez.

En la cultura pop abundan las historias de las almas con asuntos sin resolver que todavía rondan el plano de los vivos, buscando alguien que las libere del eterno sufrimiento de presenciar lo que ya no pueden tener.

Quizás fue la incertidumbre y la falta de conclusión que plagaba mi vida en ese entonces la que me puso en una situación como esa. O quizás es que la vida después de la muerte es realmente así. No tengo manera de saberlo, y quizás nunca lo sabré.

Lo único que sé con certeza, es que cuando logré ver al auto doblar la esquina, ya era demasiado tarde.

No tengo muy claro lo que sucedió luego. Pude ver luces, escuché voces, gritos y llantos; luego nada. Pero la nada no duró mucho.

Cuando abrí los ojos, sentí como si acabara de despertar de una pesadilla: la sensación de alivio que recorre el cuerpo luego de un susto. Sin embargo, no tardé en darme cuenta que algo no andaba bien. Mi cama estaba demasiado dura, y la luz demasiado brillante. Luego de eso vi a mi alrededor. Estaba en el medio de la calle, y mis últimos recuerdos estaban un poco borrosos. No tenía idea de qué hora era, pero parecían que eran alrededor de las cinco de la tarde. Me levanté lo más rápido que pude y corrí hacia la primera persona que vi. Una mujer rubia de unos cincuenta años, con labial rojo y rizos definidos; que hablaba por teléfono mientras paseaba a su perro.

—¿Sabe qué hora es? —Intenté llamar su atención, pero parecía no escucharme—. ¿Señora? ¿Sabe qué hora es?

Pasó por al lado mío sin haberme dirigido la mirada. En ese momento sentí un escalofrío recorrerme por toda mi espalda.

Intenté otra vez con otra persona, y luego con otra, pero al final siempre era lo mismo. Parecían ignorar mi existencia por completo.

No lo pensé dos veces, e hice lo que cualquier adolescente en mi situación hubiera hecho: correr hacia mi casa. Busqué en los bolsillos del jogging que llevaba puesto y en los de mi campera, pero no logré encontrar la llave por ningún lado. Rogué para que Lucas, mi hermanito, se hubiera olvidado de cerrar la puerta de entrada luego de volver de la escuela, como suele hacer la mayoría de las veces. Para mi suerte, la manija no me presentó batalla.

Cuando entré, la casa se sintió inusualmente fría y desolada. Sentí cómo mi mundo se derrumbaba cuando escuché unos sollozos provenientes de la cocina. Me acerqué a la puerta con cuidado, como si algún movimiento brusco de mi parte iniciara un efecto mariposa y todo lo conocido dejara de existir. Abrí la puerta un poco...

Mi mamá estaba sentada en el lugar de la mesa en donde normalmente me sentaba yo —al lado de la cabecera—, mientras sus lágrimas caían gruesas. Mi papá le sostenía la mano, él no estaba llorando, pero lo húmedo y rojo de sus ojos me hizo creer que no estaba lejos de romper en llanto. Lucas estaba sentado de espaldas a la puerta, de manera que no podía ver su expresión, sin embargo, sus hombros estaban decaídos y su cabeza gacha, algo para nada normal en el niño imperativo y sonriente que siempre era.

Fue entonces que comprendí lo que pasaba y me pegó como un balde de agua helada. Toda esa gente no me ignoraba porque se hubiesen levantado con el pie izquierdo esa mañana, y no me había despertado en el medio de la calle por alguna fiesta salvaje que hubiera terminado mal. Los recuerdos volvieron a mi cabeza con una intensidad que normalmente me causaría dolor de cabeza. Comencé a sentir que me quedaba sin aire, como si mis pulmones se negaran a recibir oxígeno, y que mis ojos picaban, como si sintieran la necesidad de soltar lágrimas, sin poder hacerlo.

Cerré la puerta de golpe, y me arrepentí al instante.

—¿Qué fue eso? —Se escuchó la voz ahogada de mi madre, que había parado de llorar unos segundos para expresar su preocupación.

Alguien se levanta de su silla y lo siguen pasos cautelosos, que siento como si fueran latidos pesados dentro de mi caja torácica. Mi padre sale hacia el pasillo, mira para un lado y luego para el otro. Su mirada se posa por un segundo en mí, y casi salto de la felicidad al pensar que me puede ver. Hace una cara que él hace siempre, cuando intenta leer la letra chica en los paquetes de los alimentos. Aunque al final no parece haber encontrado lo que buscaba.

—¿Encontraste algo? —pregunta mi madre otra vez.

—No —responde mi padre—. No hay nada.

Normalmente, cuando algo es como uno inicialmente cree que es, se pone alegre. Confirmar mis sospechas no me hizo feliz. Significaba que me había golpeado un auto, y de alguna manera no me había ido del todo. No estaba viva, pero tampoco estaba muerta. No me podían ver, pero yo los podía ver a ellos. Yo no estaba viva, pero tampoco estaba

muerta. No estaba acá, pero tampoco en el más allá. Yo no estaba, solo quedaba un pedazo de mí.

Yo ya no estoy y solo queda mi sombra.

Polilla de plata

Valentina Francavilla - 3° A - Colegio Leonardo Da Vinci -
Boulogne, Buenos Aires

Me auto nombré la reina de las polillas. Me llamé así por su destreza al revolotear sobre mí. Éramos cinco polillas y yo, a la madrugada, cuando mi mente pasaba horas repitiendo una y otra vez la misma estrofa de una canción, cuya letra me había hecho reflexionar y lograr que las piezas de mi rompecabezas se unieran y así dejara de tener tantas dudas sobre mi existencia. Se había hecho todo más fácil, como preparar una taza de té.

Al levantar mi brazo derecho, mi mano con tranquilidad sobre el aire, hizo que una de las polillas se pose sobre mí. Su ligera presencia era preciosa, perfecta. Subiendo y bajando por mis dedos. Una sensación de pertenecer allí. Me encontraba en el mundo de las hadas. Mi cuerpo temblaba. Quedé inmóvil. Mi sistema nervioso se había activado, y sé que les tengo miedo, pero a ellas no, al merengue de emociones que me provocan. El té se había vuelto amargo. Parecía que no contenía azúcar, cuando recuerdo pasar horas viendo los granos caer.

No podía controlar mi mente, y continué repitiendo la misma canción contra la almohada antes de observar el techo con lágrimas cayendo por la mejilla, terminando de desplazarse por mi cuello y hasta ese hermoso conjunto de sábanas

blancas que representaban mi mente, justamente y jodidamente en blanco. Por un segundo sentí que entendía todo, aunque mis pensamientos se derrumbaron, y quedaron volcados al vacío.

Eso hacían ellas, me envenenaban de pensamientos repetitivos hasta que caía en sus alas. Revoloteaban en mi mente, como las polillas tras la luz. Absorbían la energía, apoderándose del alma de las personas, apoderándose de almas como la mía.

Pensar en sus características me traía desesperación. No lo sé, me encantaban, eran hermosas y pequeñas. Sus colores cálidos y débiles me congelaban por segundos. Se podría decir que me había enamorado de un simple insecto que, para mí, era más que algo simple, era más que preparar una tacita de té con miel.

El expolio

Luca Gabriel Rodríguez - Colegio Informático San Juan de Vera - Corrientes

Tan furiosa y rauda, la presurosa espuma parecía ser teñida hacia el abismo por la sangre que la cascada vomitaba desde lo alto. Los cuerpos, henchidos y con sus atavíos sacerdotales hechos jirones, acompañaban aquella lluvia funesta. Si acaso aquellos cuerpos tuvieron en otro tiempo un alma, por seguro que fueron salvas en la gracia de su Señor, pues es cierto que lo amaron amén de la guarda de sus mandamientos.

Había allí, sin embargo, un alma con su hogar en pie; aunque más bien debilitada en su fe. La misión de la Compañía de Jesús en el Nuevo Mundo había dejado a un solo hombre con vida aquella noche —lo que quizá en nuestros tiempos no llamaríamos más que un muchacho—: el Novicio. Como jesuita, al igual que todo iniciado eclesiástico, eran no pocas las cosas que conocía acerca del mundo creado y las mentes ilustres que en él habitaron —y otras tantas más las que su ingenio era capaz de adivinar—; y, a pesar de ello, la memoria de la literatura de Kempis no lo confortaba, y aun los cantos de Dante le eran insípidos comparados con los horrores que *in corpore vili* había vivido. Recordó haberse cuestionado incluso la inerrancia de la Biblia: ¿habían, esas crueles e inexploradas tierras, sido creadas por mano del mismo Hacedor que él creía conocer? ¿Era posible que Jesucristo las hubiera vis-

lumbrado siquiera, siendo tan lejanas, entre “todos los reinos del mundo” y en lo alto de aquella montaña?

Fuese como fuere, solo tenía la certeza de que la tempestad y los guaraníes más infatigables lo habían expoliado de todo atavío y compañía humana y divina; pronto parecía una mera alma destruida con un cadáver a cuestas, que caminaba sin saber qué buscar y balbuceaba plegarias ininteligibles. La razón no tardó en abandonarlo también.

Aun así, cerca del momento cuando la madrugada alcanza su plena negritud, una muchacha aparecióle, ataviada con una claridad y brillo dignos del firmamento nocturno y de cabellos oscuros. El Novicio —ahora moribundo, pero consciente— adivinó que quizá estaba ya muerto y se avergonzó súbitamente de su debilidad de fe, pues aquello le pareció la Salvación; o que, si no lo estaba, aquellas tierras tan solo mostraban misericordia con todo lo que parecía inerte. La amabilidad fue tal que el jesuita creyó no sentir el roce de la tierra al ser arrastrado, casi como si levitara: era además imposible para él reparar en cansancio alguno en la doncella ante aquella faena. El camino exacto que ella tomó él no pudo advertirlo, pues el cansancio encegueció su razón una vez más.

Ciertamente, no era un paisaje dantesco el que lo recibió: un lecho de seda, la compañía de un compañero de su orden y la calidez del sol le resultaron de pronto mucho más reconfortantes que cualquier descripción del Paraíso. Aunque aquello era en realidad una reducción, una dulce melodía copaba el ambiente divinamente: no muy lejos de allí, un clérigo tocaba su oboe para un pequeño grupo de aborígenes. Después de todo, no es pensamiento insensato que si

tan solo Jerónimo de Estridón hubiese sido músico, hubiera calado más hondo en el alma de los fieles que con su propio mérito de la Vulgata.

Mas el Novicio se apresuró a preguntar por aquella mujer que creía haber visto. A lo que le fue respondido:

—Los guaraníes la mencionan con frecuencia. Para ellos, la Luna es una curiosa doncella que visita estas tierras por amor a ellas; siempre rogando a quien está en lo alto por la bienaventuranza de aquellos que obran bien. En la voz de este pueblo, su nombre suena Yací.

La sorpresa se hizo presente en los ojos del Novicio, pero aquella se tornó pronto en una sonrisa genuina, como la del niño que en su inocencia escucha de Dios sin la incredulidad del adulto. Pensó que quizás aquel pueblo también tenía algo por enseñarle.

Rosarum

Gianella Milagros Haag Navarro - 4° - Colegio Martín Miguel de Güemes - Bahía Blanca, Buenos Aires

Viernes 13 de agosto, 3019

—Se solicita a todos los pasajeros de la astronave 4192 que se acerquen a abordar su vuelo.

Una joven pelinegra, de unos 13 años, agarró su maleta llena de pegatinas que había recibido de conocidos en otros países y planetas de la Vía Láctea. Su voz, tarareando la música que reproducían sus auriculares, era casi inaudible por el bullicio que había en las salas.

Se acercó por el pasillo al hombre, quien revisaba a cada uno de los pasajeros, y una vez con él, logró escuchar:

—Nombre y motivo de viaje —inquirió él con un tono de voz grave.

—Rose Andrews. Una amiga de la familia está gravemente enferma —respondió rápidamente, como si hubiera planeado meticulosamente cada palabra que saldría de su boca.

Y así lo era, porque no había ninguna amiga enferma a la cual visitar, pero ¿cómo podría explicar que estaba en sus manos el destino del universo? Porque sí, sus familiares llevaban preparándola varios años para esto, porque cuando su bisabuela descubrió sobre el fin del mundo, todas las mujeres de su familia se han dedicado a buscar cada objeto

necesario para detener esta fuerza invisible capaz de acabar con el universo.

Una vez dentro de la aeronave sacó de su mochila el legado de su familia, el libro que contenía desde los primeros avances de su bisabuela, Marie Fischer. Empezó a releer las primeras páginas, aunque ya sabía todo de memoria.

Lunes 8 de junio, 2958

Por fin termino de descubrir cómo solucionar esto, aunque aún me gustaría entender qué o quién lo causó. Pero para eso aún tengo tiempo, solo necesito encargarme de empezar con la búsqueda de los nuevos objetos:

1. La vara con dos serpientes talladas cerca de la punta superior.
2. La vara con un mago inferior en una punta y en cuyo otro extremo se juntan dos cabezas de cisnes formando un corazón.
3. La antorcha del antiguo fuego sagrado, que tiene grabada una gavilla de trigo.
4. La lanza con el dibujo de ella misma en su mango.
5. El cetro de un antiguo poder superior al resto, fácil de identificar por su punta de rayo.
6. La guadaña que consigo trae todos los fines; en su filo se nota el grabado de un reloj.
7. La bola de cristal que el cielo representará.
8. El tridente que un caballo en su centro tendrá.
9. Las llaves que abren la puerta entre la vida y la muerte (forma de identificar: el dragón que a ambas conecta).

Todos estos elementos de suma importancia han de encontrarse distribuidos en cada planeta, en orden desde el más

cercano al Sol, hasta el más alejado, siendo el lugar de encuentro de la vara con serpientes Mercurio.

Miércoles 17 de octubre, 2959

No me quedan muchos días, por eso dejo lo más importante escrito aquí, para que mi heredera pueda lograr lo que yo no. El ritual de conexión y salvación debe llevarse a cabo la noche más fría del año, aquí en la Tierra, Primero deberán reunirse en un círculo las varas, la antorcha, la lanza, la guadaña, el cetro y el tridente, y luego, cuando la luna esté en su punto más alto, la bola deberá ser colocada en el centro para recibir la luz más pura durante todo el tiempo: meses...

Domingo 22 de diciembre, 2973

Mi viaje comenzó hace ya un par de semanas. La búsqueda ha sido complicada; el primer planeta que visité fue Venus, seguí las indicaciones que mi joven madre Marie había dejado. Viajar alrededor de ese mundo no fue tan malo, eso sí, si algún día regreso tendré que recordar tener cuidado con los volcanes.

La vara, me contaron los habitantes, aparece solo un día al año, siempre impredecible. Es por eso que estuve allí más de dos meses, hasta que una noche bastante cálida (307 grados, buena suerte la mía que ya se tiene la vestimenta necesaria para habitar cada territorio existente), apareció sobre un arbusto de rosas. Allí estaba la reliquia más hermosa que uno jamás podría haber visto, su mango rosado y dos cisnes blancos uniendo sus cabezas en forma de corazón. En el momen-

to en que lo recogí, me invadió un sentimiento que jamás había experimentado y es imposible de describir...

Viernes 30 de enero, 2981

Mi hija Adelina nació hace unos días; cuando tenga la edad suficiente la ayudaré a prepararse para cumplir el legado que estamos llevando. He logrado conseguir dos objetos más desde entonces: el cetro antiguo del planeta Júpiter fue fácil de localizar porque se encontraba en el centro el planeta. Algunos amables pobladores se ofrecieron a bajar a buscarlo por mí, pues las temperaturas me matarían, siempre y cuando sean devueltos al finalizar el ritual. Esto mismo se prometió en Urano, cuando el líder me ofreció la esfera más liviana que el aire mismo.

Lo impresionante de estas sociedades son las estructuras en las que viven, se las han arreglado para ocupar sitios sin superficies sólidas.

Aun así, quedan 6 reliquias para poder completar la lista y lograr lo que el destino tiene para darnos. Es importante que consigamos hallarlas antes del solsticio de invierno de 3020, si no, el caos reinará hasta el fin de la existencia.

Sin darse cuenta, Rose cayó en un profundo sueño, que le permitió relajarse hasta que despertó una hora antes de llegar a Saturno. Su misión allí sería encontrar la guadaña. Había estado pensando en qué lugar podría llegar a estar; descartó la superficie planetaria, porque allí nadie habitaba, y decidió visitar sus lunas. Desgraciadamente tenía muchas,

aunque, si tenía un reloj grabado, su respuesta era más que obvia, debía iniciar por...

—Todos los pasajeros con destino a luna Titán deberán prepararse para bajar del vuelo en unos diez minutos —informó la azafata a través de los parlantes.

Una vez que salió a la ciudad, sus ojos no dejaban de mirar hacia todos lados: luces por todas partes y altos edificios decoraban el lugar. Rápidamente se encaminó a buscar un departamento para alquilar durante su estadía. El primero que encontró estaba cerca de la zona céntrica, lo que le facilitaría conseguir sitios para investigar sobre la guadaña. Una vez que desempacó, inició su recorrido en busca de algo para comer. Mientras visitaba las tiendas conoció a una joven de piel amarilla, con rastros dorados sobre sus pómulos y cabello blanco cual nieve; ella era una nativa de allí.

—¡Hola! —saludó mientras ingresaba al local—, estaba buscando algo para almorzar, ¿qué... qué me recomendarías?

—¡Hola! —su sonrisa mostraba unos dientes blancos perfectamente parejos, y aunque sus ojos se mostraban un poco cansados, su tono fue más que amable—. Nuestro especial del día, “gyros”, uno de mis favoritos.

—Entonces llevaré ese.

—Está bien, serían 2700 saturninos, ¿algo más en lo que te pueda ayudar?

—No, no, gracias... —Cuando la joven estuvo por alejarse, la detuvo—: Bueno, en realidad me ayudarías mucho si pudieras contarme algo acerca de la guadaña con el reloj grabado...

—Oh, claro, yo no sé mucho, pero cuenta la leyenda que está ubicada en la cima de la montaña más antigua. Mi hermano hace tours por allí constantemente, ¿quieres que le pida un asiento para ti, con descuento? —Su sonrisa apareció otra vez, pero en esta la acompañó un guiño de ojo.

—¿En serio? Muchas gracias. —Durante esos instantes de charla, se acercó un señor desde atrás con su plato en mano; luego de pagar, se alejó para sentarse a almorzar. La chica que la había atendido se acercó a su mesa.

—Disculpa mi falta de modales, todavía no sé tu nombre...

—Rose, Rose Andrews, tú eres...

—Elvia, y tranquila, puedes tutearme. Ya consulté con mi hermano, nos espera en el museo en las afueras de la ciudad, dentro de una hora. Ahí comenzaremos la búsqueda, porque si preguntaste por nuestra reliquia, supongo que esperas encontrarla.

En la mente de la pelinegra, cruzaban varias preguntas.

—Wow, eso fue wow, ¿Cómo descubriste que estaba buscando la guadaña del tiempo?

—Es solo conectar las ideas. Ve apurándote, vamos a comprar unas cosas antes de la búsqueda.

El viaje de las chicas comenzó al llegar el museo, donde Rose conoció a Jake, el hermano mayor de Elvia, quien traía consigo unos libros acerca de la leyenda que se transmitía hace unas cuantas generaciones. Según dicen, el emperador de los habitantes de las lunas salvó al pueblo de sus invasores utilizando su guadaña. Obviamente hubo personas que lo ayudaron, pero nadie hizo tanto como él.

Lo primero que hicieron fue recorrer el trayecto hasta la montaña que se elevaba en la lejanía.

El viaje fue bastante tranquilo; la parte tediosa fue cuando tuvieron que subir hasta la cima. Afortunadamente, la albina había llevado comida y agua para el camino. Una vez arriba, armaron la carpa para pasar la noche. Mientras Jake cocinaba sobre la fogata, las chicas leían los libros para encontrar una respuesta acerca de dónde se hallaba la guadaña.

—Aquí esta —exclamó la más joven—, debemos esperar a la salida del sol y el primer destello iluminará donde solo una persona de sangre real podrá pararse y alcanzar lo que un antiguo miembro de su familia ha perdido.

—Entonces estamos en problemas —dijo la visitante.

—Elvia, ¿acaso te acuerdas que el abuelo y papá nos solían contar que éramos tátara tátara nietos del emperador?—mencionó Jake con una sonrisa que indicaba que tenía un plan en marcha.

Llegada casi la hora del amanecer, se levantaron para prepararse para obtener la guadaña; este era el único intento que tendrían por un tiempo. Si no estaban equivocados, Jake podría ser quien obtuviera la reliquia.

Faltaban unos minutos para la salida del sol cuando el joven se alejó de ellas, subiendo hasta la cima. Una vez allí arriba no pudieron observar bien qué ocurría, la luz que había provocado la aparición de cosa semejante las había enceguecido por unos minutos. Unos segundos después, todo ya había vuelto a la luminosidad normal, y para ese entonces el chico ya había vuelto y traía consigo el elemento que necesitaban.

Cuando recogieron todo, llevaron a Rose para que pudiera tomar un vuelo; su viaje no podía esperar más.

—Prometo devolverla una vez llevado a cabo el plan. —La humana les dio una mirada seria, esperando la aprobación de sus nuevos amigos.

—Está bien, salva el universo por todos nosotros, pequeña exploradora.

Se despidió de los hermanos, tomó su valija y emprendió camino a su próximo destino, Neptuno.

¿Qué tenían sus familiares con dejarle los planetas fríos?

Durante las horas que duró el vuelo aprovechó para descansar un rato y buscar información acerca del objeto que marcó la historia de los neptunianos. Una vez que llegó, hizo la misma rutina que en el planeta anterior: acomodó sus pertenencias y salió en busca de algo para comer.

Un rato más tarde, después de dar vueltas por la ciudad ante la luz artificial que brindaban los faroles, pues la luz solar no llegaba lo suficiente y estaba sobre la luna, encontró una biblioteca.

Recorrió cada estante, leyó cada lomo, hasta que al final, en una zona bastante apartada, halló lo que necesitaba: *Mitología de Neptuno, todo sobre historias de nuestro pasado*.

Horas encerrada en ese sitio, las páginas las pasaba como si el mismísimo viento las moviera. Estaba ya en las últimas hojas del libro, cuando resaltado sobre un margen leyó que la información que buscaba estaba en un libro llamado *El origen de la población neptuniana*.

Caminó hacia la bibliotecaria, quien estaba concentrada en un libro y tardó unos minutos hasta que notó su presencia.

—¿Sí? ¿Qué necesita? —El acento de esa zona era extraño, pero bonito.

—Quería saber si tienen el libro *El origen de la población neptuniana...*

La bibliotecaria se acercó a la computadora y revisó el listado, hasta que logró encontrarlo en el catálogo.

—Lo tenemos, pero en estos momentos se encuentra prestado, según dice aquí lo devolverán dentro de 4 días. Ahora, si eso es todo, debo irme.

La pelinegra asintió, dando a entender que no necesitaba nada más, y le permitió irse a la mujer.

Dejó el libro donde iba y se alejó de la biblioteca, hasta llegar a una cafetería. Ahí pidió un submarino bien calentito, porque, aunque llevaba la ropa especial para turistas, la luna de este planeta seguía siendo muy fría. Una vez que terminó de pagar, revisó para conseguir alguna mesa y vio una vacía en un rincón. Se acercó, acomodó sus cosas y sacó el diario de sus familiares, hojeando hasta alcanzar el escrito de su madre.

Martes 14 de julio de 2004

Mercurio: es todo muy complicado, llevo un mes y todavía no aparece nada, mi última esperanza es viajar hasta la zona más calurosa y ver qué encuentro.

Lunes 21 de julio de 2004

Apareció en un museo, la tenían guardada en una vitrina, que estaba acompañada con un poco de información sobre la vara que tiene dos serpientes talladas. Pensaba volver durante la noche y tomarla prestada, pero alguien arruinó mi plan; el guardia descubrió que estaba allí, por suerte era

bastante empático y me dejo irme con el objeto, siempre y cuando sea devuelto.

Miércoles 5 de agosto de 2994

Marte: la lanza fue más fácil de encontrar, solo tuve que esperar hasta que un día en que se conmemorara alguna guerra llegara y, cuando llegó esa fecha, caminé por toda la ciudad hasta que la hallé.

Domingo 25 de enero de 3006

Jamás creí que se podría tardar tanto en encontrar la reliquia de Plutón, que, aunque es un planetoide, en algún momento se lo consideró planeta y ha de tener algún tipo de importancia eso. Pero, de todas formas, encontré las llaves; estaban en un cofre dentro de una antigua mina, la más profunda.

Espero que cuando vuelva pueda seguir con mi búsqueda...

El viaje final, de vuelta a la Tierra.

Recorrerla toda sería una gran aventura para Rose y ella lo sabía, es por eso que su pierna empezó a temblar mientras que su mente trabajaba con varios planes para organizar su búsqueda. Lo que hizo fue agarrar el libro y empezar a hacer sus anotaciones...

18 de mayo de 3019

Lo único que falta es encontrar la reliquia de mi planeta. Podrían ser muchas cosas: nuestro mundo ya tiene millones

de años de ser habitados por seres capaces de crear y armar cosas y sociedades... pero lo único que se me ocurre es buscar algo que represente lo más antiguo, nuestra (bueno, no tan nuestra) primera creación, el fuego. La única dificultad que le encuentro a esto es que no creo que sea fuego lo que busco, sino algo muy relacionado, debido a que si fuese alguna llama lo que necesito podría terminar en un caos, debe ser algo capaz de ser portado sin que una persona se quemara y se me ocurre que podría ser la “antorcha que nunca se apaga”. He escuchado mucho de ella, en realidad está apagada, por protección, pero jamás tuve la oportunidad de verla.

Pakàn (Antigua Pekín)

Arbul (Antigua Erbil)

Polvdiv

Lezzor (Antigua Luxor)

ARGOS

La antorcha ha sido trasladada por las ciudades más antiguas que han sido investigadas, es por eso que hice una lista con las más recientes hasta encontrar su ubicación actual, un museo tradicional y abierto hace relativamente poco.

—A todos los pasajeros con destino a Buenos Aires se les informa que estamos por aterrizar, por favor vuelvan a sus lugares y abrochen sus cinturones.

La joven hizo lo que les pidieron mientras le escribía un mensaje a su familia: pronto estaría en casa.

—Creo que para esto necesito hacerlo sola, mamá —mencionó la pelinegra a su madre, que era idéntica a ella, exceptuando los ojos, que eran iguales a los de su padre—, estaré bien.

—Es solo que te extrañé —le susurró mientras la abrazaba, correspondiendo su hija con un fuerte apretón.

La misión que ambas tuvieron fue importante, pero eso las hizo fuertes a ambas; ahora podrían enfrentar lo que se avecinaba.

La niña se alejó de la mujer poco a poco hasta llegar a la entrada del museo.

El comienzo del final se acercaba.

Luego de conseguir el elemento restante, que tenía una impresionante gavilla de trigo grabada, se encontró con su madre para llevar a cabo el último paso, el ritual.

Condujeron por horas hasta encontrar un sitio bastante remoto, donde no pondrían en peligro a nadie. Agarraron la mochila y buscaron la página que decía cómo debía llevarse a cabo la ceremonia. Empezaron a colocar los elementos en un círculo, en el sentido de las agujas del reloj, tal como se detallaba, comenzando por la vara de Mercurio; a su izquierda, la que tenía una punta en forma de corazón perteneciente a Venus, la antorcha de la Tierra, la lanza de Marte, el cetro con rayo atinente de Júpiter, la guadaña de Saturno, en el centro la bola de cristal de Urano y en el lugar restante el tridente de Neptuno.

—Pero aún faltan las llaves.

—En el libro no dice nada, justo se frena la escritura —aclaró la mayor.

—Entonces solo podemos esperar hasta que empiece la primera parte y ya veremos qué hacemos con ellas.

El tiempo parecía ir más lento, no sabían si era sensación suya por la ansiedad que les causaba su misión, pero sí sabían que el momento se acercaba: la luna se hallaba en su auge, era ahora o nunca. Rose y su madre Lilith se acercaron para revisar que todo estuviera en su posición; según las anotaciones deberían comenzar el rito. Fue en esos instantes que la luz proyectada se dirigió al centro y desde ahí siete haces de luz, cada uno de un color del arcoíris, se dirigieron hacia alguna reliquia. A partir de entonces todo parecía magia, desde cada elemento se expandió luz, hasta unir todos formando algo parecido a un refugio circular; en el frente de este, una puerta se veía. Se acercaron ambas mujeres, pero al intentar abrirla, algo se los impidió.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó la joven con desesperación. Si no lograban entrar y ver qué había allí, todo estaría perdido.

—Las llaves... han de ser para abrir esta puerta, rápido, agárralas bien del medio —indicó la adulta.

Una vez colocadas, las empezó a girar y cuando por fin pudieron abrirlas, todo fue cubierto por luz blanca.

27 de septiembre de 2022

Una joven niña pelinegra caminaba hacia la escuela con un libro en sus manos; impresionada por el último capítulo, dejó caer el objeto de su mano. Se agachó para recogerlo y, cuando ya estaba de pie otra vez, logró escuchar a su amiga llamándola:

—¡Rose Andrews! A ver si me esperas la próxima.

Convocatoria “Seres imaginarios” 2022

Magical experiment

Camila Karamanian - Age 10 years (texto escrito y enviado en inglés y luego traducido al español)

Once upon a time, there was a boy called James. He was the happiest boy in the world. His parents loved him; he lived on the coast. Every day after school, he went to the beach with his friends. He was the most intelligent boy in the class. He loved to read books. His preferred subject was science. He liked to do experiments.

One day his parents went shopping in London, and they caught a disease and died.

James was so sad. He went to live with his grandparents. They were the worst people in the world.

They treated him super badly; they treated him like a slave.

One of the aunts was thin like a pencil, and her name was Charlotte; she was very demanding and the other was fat like a tomato, and she was called Mildred. They were terrible.

Every morning he had to clean the house, make breakfast, water the plants, wash the clothes and do everything you have to do in the place.

He couldn't go anywhere, play outside, go to the beach.

At night he couldn't eat anything; that was the rule of his grandparents.

One night in his room, he experimented; it was a seed. He went outside in the garden, and planted it.

The next day when he woke up, he saw a tree! The seed became a tree. His grandparents didn't see it, because they were sunbathing.

When James finished doing all the housework, he watered the tree, and two seconds later, there was a cherry.

Three seconds later, Charlotte said to James:

“What are you looking at?!!!?”

“Nothing”, James said, scared.

“Hmmm, well, bring me a glass of water NOW!”

James brought the glass of water and looked at the children playing.

“Now, clean the floor, and do my bedroom or I will kill you”, said Mildred.

Now it was night, the aunts were eating, and James was in his room. The room was the laundry, he was washing clothes, and he thought: “If I put more water on the tree, tomorrow there will be a giant cherry and I am going to put it up for sale, and I am going to be a millionaire”.

He went to water the tree, and he went to sleep.

THE NEXT DAY:

“Aaaaa”, said Charlotte in the morning. “There is a giant cherry in the garden!”

The aunts were looking at the cherry with their mouths open.

James looked at the cherry.

“If we open a museum, we become rich!!!!!!!!”, said the aunt.

“Yess! I will be richer than you because I am more beautiful than you”.

“No, I am going to be richer and have a boyfriend”.

They opened the museum but they weren't rich.

The sky was black, the disgusting aunts counted the money they had won, and James thought of a plan to escape from the aunts' house.

He went outside and looked at the giant cherry. He had a stomach ache because he was hungry.

“Nothing will happen if I eat a little bit”, thought James.

He ate the cherry and found five bugs, a roly-poly, a centipede, a spider, a worm, and a caterpillar. They were giants.

“AAAAAAAAAAAAAAAAAAAA”, shouted the bugs.

“AAAAAAAAAAAAAAAAAAAA”, replied James.

James fainted.

One hour later...

“Where am I?” said James.

“You are in the giant cherry, and if you don't leave this house with the world's worst aunts, you will be sad for the rest of your life”.

“And where am I going to live?” asked James.

“We don't know but we can travel around the world” said the caterpillar.

“Yes, and we are going to have a lot of fun” said the spider.

“Okay” said James.

“Well, first, we have to fly with birds, and we go somewhere” said the centipede.

“Yes, and we have to put together fifty birds and tie them to the cherry so we can fly” said the roly-poly.

30 minutes later ...

“Yesssss, we did it; we tied all the birds” they shouted.

“Waaaa, we are in the sky!!!!!!” exclaimed James.

“I can’t believe it. I never felt better than today!!” said James, very happy

“Look! I have a world map, and we are here”, said the worm.

He took his map, and he showed the others the map.

“We can go to Disney, or to...I don’t know”, said the spider.

10 hours later ...

“It is the first night; I am still excited!” said James

“Yes, but now we have to sleep” said the roly-poly.

“But how can we sleep? We can’t sleep in a food” answered the worm.

“Look, there is wood and some mattresses; we can make six beds”, said the spider.

1 hour later ...

“Yes, we made six beds; now it’s time to sleep”.

The next day...

“Good morning; it’s nine a.m. We have to wake up”, said James.

“Why, why so early?” said the worm, so sleepy.

“Because we have to eat and check where we have to go” answered James

“Looooooooooooookkkkk, there are only ten birds; the others flew away!!!!!!” said James, very scared.

“Waaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa” said the five bugs.

“Now we don’t have any birds!! We are going to die!” said James.

“Look, we are currently in the sea! We didn’t pass”, said the centipede.

“Yes, we are floating”, replied James.

Six days later...

“We are bored! When are we going to arrive somewhere?” asked the worm

“I don’t know but I know that we will die here!” said the spider.

“How do you know?” asked the centipede.

“Because there are a lot of sharks surrounding us?”

“They are so hungry!” the bugs exclaimed.

“Look, they are eating our boat!” exclaimed James.

“We have to use the beds and throw them into the sea so we can float!” said James.

James said: “You throw the beds into the sea and distract the sharks”.

“Look, there is a town!” said the spider, very happy.

“Now that we are in the beds and we have little pieces of cherry, and we saw a town we have to swim”, said James.

30 minutes later...

“Yesssss, we are in town!!” the five bugs, and James exclaimed.

“Now we have to stay in a hotel, then we think about how to pay for the hotel, and we have to know where we are, where we can have work and if we have money we can buy a house”, said James.

“Look, there is a magazine that says that we are in London and there is a hotel on the corner, and the bugs can work in a kiosk because the people love the candies”, said the roly-poly.

One day later...

“I am so happy because I don’t have to work for the world’s worst aunts, and we have a lot of dinners, and we can sleep in the hotel”, said James.

“Hello!” said a girl in the kiosk.

“Hello, what do you want to buy?” said James.

“I want a chocolate bar. Do you know you are so similar to my son?” the girl said.

“Mom?” asked James.

“James?” asked mom.

“What are you doing here?” both asked at the same time.

The mom and the dad were in the hospital, they didn’t die, and didn’t travel home because they wanted to stay one day more, and James explained the story to the mom.

“Now we have a house here and live happily;

“I missed you a lot with dad”, said the mom.

“And I have five friends that can live at home with us”, answered James

Five hours later...

“Now we can stay in London”, said the dad.

“Yes”, exclaimed all.

The parents had work, James was in school, and the five bugs were very happy.

All the family lived very happily, and the aunts, when they realized James wasn’t there any more, were super angry.

Experimento mágico

Camila Karamanian. 10 años.

Érase una vez un niño llamado James. Era el niño más feliz del mundo. Sus padres lo amaban. Vivía en la costa. Todos los días después de la escuela iba a la playa con sus amigos. Era el chico más inteligente de la clase. Le encantaba leer libros. Su materia preferida era ciencia. Le gustaba hacer experimentos.

Un día sus padres fueron de compras a Londres y contrajeron una enfermedad y murieron.

James estaba muy triste. Se fue a vivir con sus abuelos. Eran las peores personas del mundo.

Sus tías lo trataron súper mal, lo trataron como a un esclavo.

Una de las tías era delgada como un lápiz y se llamaba Charlotte, era muy exigente, y la otra era gorda como un tomate y se llamaba Mildred; eran muy malas.

Todas las mañanas tenía que limpiar la casa, hacer el desayuno, poner agua en las plantas, lavar la ropa y todas las cosas que hay que hacer en la casa.

No podía ir a ningún lado, a jugar afuera, o a la playa.

Por las noches no podía comer nada, porque era la regla de sus abuelos.

Una noche en su cuarto hizo un experimento, con una semilla. Salió al jardín y la plantó.

¡Al día siguiente, cuando despertó vio un árbol! La semilla se convirtió en un árbol. Sus tías abuelas no lo vieron, porque estaban tomando sol.

Cuando James terminó de hacer todo el trabajo de la casa, puso agua en el árbol, y dos segundos después había una cereza.

Tres segundos después, Charlotte le dijo a James:

—¿¡Qué estás mirando?!?

—Nada —dijo James asustado.

—Hmmm, bueno, tráeme un vaso de agua, ¡YA MISMO!

James trajo el vaso de agua y miró a los niños que estaban jugando.

—Ahora limpia el piso y arregla mi recámara, o si no te voy a matar —dijo la otra, Mildred.

Era de noche y las tías estaban comiendo y James estaba en su habitación. El cuarto era el lavadero. Estaba lavando la ropa, y pensó: “Si le pongo más agua al árbol, mañana va a ser una cereza gigante, y la voy a poner en venta y voy a ser millonario”.

Fue a ponerle agua al árbol y se fue a dormir.

AL DÍA SIGUIENTE:

—Aaaaa —dijo Charlotte en la mañana—, hay una cereza gigante en el jardín.

Las tías miraban la cereza con la boca abierta.

James miró la cereza.

—¡¡¡Si abrimos un museo nos hacemos ricos!!! —dijo la tía.

—¡Sí! Voy a ser más rica que tú porque soy más hermosa.

—No, yo voy a ser más rica y voy a tener novio.

Abrieron el museo, pero no fueron ricas.

El cielo estaba negro, las repugnantes tías contaban el di-

nero que ganaron y James pensaba en un plan para escapar de la casa de las tías.

Salió y miró la cereza gigante. Le dolía el estómago porque tenía hambre.

“No pasará nada si como un poco”, pensó James.

Empezó a comerse la cereza y encontró cinco bichos: un bicho bolita, un ciempiés, una araña, un gusano y una oruga. Eran gigantes.

—AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA —gritaron los bichos.

—AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA —respondió James.

James se desmayó

Una hora después....

—Nosotros... nosotros... somos ¿somos? —dijo James.

—Estás en la cereza gigante, y si no te vas de esta casa con las peores tías del mundo vas a estar triste el resto de tu vida.

—¿Y adónde voy a vivir? —preguntó James.

—No sé, pero nosotros podemos viajar por todo el mundo —dijo la oruga

—Sí, y nos vamos a divertir mucho —dijo la araña.

—Está bien —dijo James.

—Bueno, primero tenemos que volar con pájaros y vamos a algún lado —dijo el ciempiés.

—Sí, y tenemos que juntar cincuenta pájaros y llevarlos hasta la cereza, así podemos volar —dijo el bicho bolita.

30 minutos después ...

—Síiii, lo hicimos, atamos a todos los pájaros —gritaron.

—¡iii! Waaaa, estamos en el cielo!!!! —exclamó James.

—No puedo creerlo. ¡Nunca me sentí mejor que hoy! —
dijo James muy feliz.

—¡Miren! Tengo un mapa del mundo y estamos aquí —dijo
el gusano.

Tomó su mapa y se los mostró a los demás.

—Podemos ir a Disney, o a...no sé —dijo la araña.

10 horas después...

—Esta es la primera noche, ¡todavía estoy emocionado!
—dijo James

—Sí, pero ahora tenemos que dormir —dijo el bicho bolita.

—Pero ¿cómo podemos dormir? No podemos dormir en
una comida —respondió el gusano.

—Mira, hay madera y algo de colchón, podemos hacer
seis camas —dijo la araña.

1 hora después...

—Sí, hicimos seis camas, ahora es hora de ir a dormir.

Al día siguiente...

—Buenos días, son las nueve de la mañana, nos tenemos
que despertar —dijo James.

—¿Por qué, por qué tan temprano? —dijo el gusano tan
somnoliento.

—Porque tenemos que comer y comprobar adónde tene-
mos que ir —respondió James.

—Mireeeeeennnnnn, solo hay diez pájaros, ¡¡¡¡¡los demás
volaron!!!! —dijo James muy asustado.

—Waaaaaaaáaaaaáaaaa —dijeron los cinco bichos.

—¡¡Ahora no tenemos ningún pájaro!! ¡Vamos a morir!
—dijo James.

—¡Mira, ahora estamos en el mar! No morimos —dijo el ciempiés.

—Sí, estamos flotando —respondió James.

6 días después...

—¡Estamos aburridos! ¿Cuándo vamos a llegar a algún lugar? —preguntó el gusano.

—¡No lo sé, pero sé que aquí vamos a morir! —dijo la araña.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el ciempiés.

—¡Porque hay muchos tiburones rodeándonos! —respondieron.

—¡Están tan hambrientos! —los bichos exclamaron.

—¡Mira, se están comiendo nuestro barco! —exclamó James.

—¡Tenemos que usar las camas y tirarlas al mar para poder flotar! —dijo James.

—Tiras las camas al mar y así distraes a los tiburones —dijo James.

—¡Mira, hay un pueblo! —dijo la araña muy feliz.

—Ahora que estamos en las camas y tenemos pedacitos de cereza y vimos un pueblo, tenemos que nadar —dijo James.

30 minutos después...

—Síiiiiii estamos en el pueblo!! —exclamaron los cinco bichos y James.

—Ahora tenemos que quedarnos en un hotel, luego pensamos en cómo pagar el hotel y tenemos que saber adónde estamos, dónde podemos tener trabajo y si tenemos dinero podemos comprar una casa —dijo James.

—Mira, hay una revista que dice que estamos en Londres y hay un hotel en la esquina, y los bichos pueden trabajar en

un quiosco porque a la gente le encantan los dulces —dijo el bicho bolita.

Un día después...

—Estoy tan feliz, porque no tengo que trabajar para las peores tías del mundo, cenamos mucho y podemos dormir en el hotel —dijo James.

—¡Hola! —dijo una chica en el quiosco.

—Hola, ¿qué quieres comprar? —dijo James.

—Quiero una barra de chocolate. ¿Sabes que eres muy parecido a mi hijo? —dijo la chica.

—¿Mamá? —preguntó James.

—¿James? —preguntó la mamá.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntaron los dos al mismo tiempo.

La mamá y el papá estuvieron en el hospital y no murieron, y no viajaron a su casa porque querían quedarse un día más, y James le explicó la historia a la mamá.

—Ahora tenemos una casa aquí y estamos viviendo muy felices; te extrañaba mucho con papá —dijo la mamá.

—Y tengo cinco amigos que pueden vivir en casa con nosotros —respondió James.

Cinco horas después...

—Ahora podemos quedarnos en Londres —dijo el papá.

—Siiii —exclamaron todos.

Los padres tenían trabajo, James estaba en una escuela y los cinco bichos estaban muy felices.

Toda la familia vivía muy feliz y las tías, cuando se dieron cuenta de que James ya no estaba, se enojaron mucho.

En esta edición de *Prisma* publicamos las poesías y cuentos de los concursos que organizó la Fundación Internacional Jorge Luis Borges en los últimos años, con la participación de muchos colegios. También incluimos un relato enviado a la convocatoria de los proyectos sobre los “Seres Imaginarios de Borges”.

El propósito es el mismo que propuso Borges cuando fue invitado a una escuela de la provincia de Santa Fe: estimular a los estudiantes para que escriban. Es el objetivo del proyecto “Borges para estudiantes”, que difunde fragmentos de textos de este escritor, que resultan adecuados para trabajar en escuelas. Como parte de ese proyecto se hicieron publicaciones, audios y videos con esas lecturas, y además materiales didácticos.

En “El libro de los seres imaginarios” Borges invitó a los lectores a que remitan descripciones de “monstruos” que conocieran. Nosotros también pedimos a estudiantes de escuelas primarias y secundarias que nos enviaran sus creaciones, para difundirlas y premiarlas.

Como parte de ese proyecto la Fundación Borges inició un concurso de cuentos, cuyas Bases están en la web www.fundacionborges.com.ar, que se suma al Concurso de Poesía Haiku que organiza la institución desde hace más de treinta años.